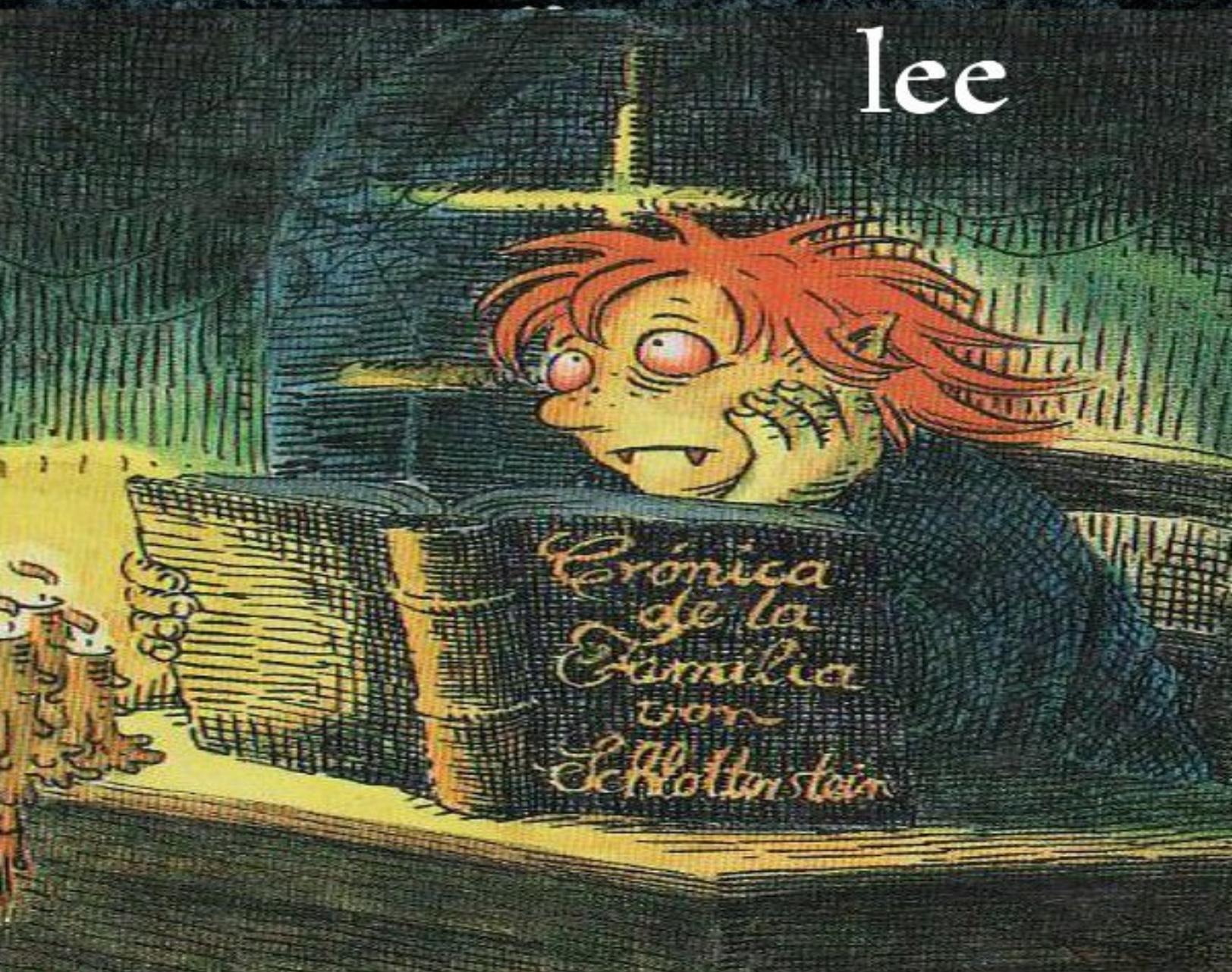


# El Pequeño Vampiro

lee



ANGELA SOMMER-BODENBURG



El pequeño vampiro sigue viviendo en el castillo en ruinas del Valle de la Amargura. Anton, sin embargo, ha tenido que trasladarse de la Cueva del Lobo a una aburrida posada. Pero, por fortuna, también allí puede burlar la vigilancia de sus padres, pues el pequeño vampiro le aguarda para leerle la emocionante crónica familiar.



Angela Sommer-Bodenburg

# **El pequeño vampiro lee**

**El pequeño vampiro -8**

ePUB r1.0  
Eibisi 03.11.13

Título original: *Der kleine Vampir liest vor*  
Angela Sommer-Bodenburg, 1988  
Traducción: José Miguel Rodríguez Clemente, 1989  
Ilustraciones: Amelie Glienke

Editor digital: Eibisi  
ePub base r1.0



*Este libro es para Burdghardt el Fiel, con quien la vida es un valle de alegrías..., y para Katja y para todos los fieles seguidores del Pequeño Vampiro.*

Angela Sommer-Bodenburg



*A Anton le gusta leer historias emocionantes y espantosas. Especialmente le encantan las historias de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.*



*Rüdiger, el pequeño vampiro, es vampiro desde hace por lo menos ciento cincuenta años. El hecho de que sea tan pequeño tiene una razón sencilla: se convirtió ya de niño en vampiro. Su amistad con Anton empezó estando una vez Anton nuevamente solo en casa. Allí estaba de repente el pequeño vampiro sentado en el poyete de la ventana. Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había «comido». Realmente, Anton se había imaginado a los vampiros mucho más terribles y, después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad, le encontró verdaderamente simpático. A partir de entonces la vida bastante monótona de Anton se volvió muy emocionante: el pequeño vampiro trajo consigo también una capa par a él, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlottertein. Pronto conoció Anton a otros miembros de la familia de vampiros.*



*Anna la Desdentada es la hermana pequeña de Rüdiger. No le han salido todavía dientes de vampiro, de forma que ella es la única de la familia de vampiros que se alimenta de leche. «¡Pero ya no por mucho tiempo!», matiza ella. También lee historias horripilantes.*



*Lumpi el Fuerte, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces alta, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no*

*saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.*



*Los padres de Anton no creen en vampiros. La madre de Anton es maestra; su padre trabaja en una oficina.*



*Tía Dorothee es el vampiro más sanguinario de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.*

*A los restantes parientes del pequeño vampiro no llega a conocerlos Anton personalmente. Pero ha visto una vez sus ataúdes en la Cripta Schlotterstein.*



*El guardián del cementerio, Geiermeier, persigue a los vampiros. Por eso los vampiros han trasladado sus ataúdes a una cripta subterránea. Hasta hoy, Geiermeier no ha conseguido encontrar el agujero de entrada a la cripta.*



*Schnuppermaul es de Stuttgart y es jardinero de cementerio. Debe ayudar a Geiermeier a embellecer el cementerio y echar a los vampiros.*

# ¡Oh, no!

¿Anton todavía está durmiendo?

Aquella era la voz de la madre de Anton.

Anton la oyó extrañamente amortiguada, como si viniera desde muy lejos.

—¡Sí! ¡Deberíamos dejarle dormir un poco más! —contestó el padre de Anton.

Anton abrió los ojos pestañeando.

En su cabeza había un extraño vacío y durante unos segundos no supo dónde estaba ni qué era lo que había pasado. Vio que delante de él había una abertura redonda por la que entraba la clara luz del sol. Y, cosa rara, no estaba tendido en una cama, sino en el suelo...

Anton se acordó entonces de todo:

Hacía tres días que había llegado con su padre al Valle de la Amargura para pasar unas vacaciones..., unas «vacaciones-acción». Por Navidad le habían regalado una tienda de campaña y un saco de dormir... y un vale que decía: «Vale por unas “vacaciones-acción”. A canjear en las vacaciones de primavera». Había sido una idea del psicólogo Schwartenfeger para que Anton no estuviera pensando siempre en sus amigos los vampiros. ¡Y a Anton le dejaron incluso elegir el lugar donde pasarlas! Él, naturalmente, se había decidido por el Valle de la Amargura, pues desde que los vampiros fueron expulsados de su cripta natal por Geiermeier, el guardián del cementerio, vivían en el castillo en ruinas del Valle de la Amargura.

Así pues, Anton y su padre fueron en tren hasta Larga-Amargura y luego siguieron a pie. En el Valle de la Amargura se habían instalado en el interior de una cueva: la Cueva del Lobo. Ahora ya habían pasado allí tres noches. Y hacía dos días, durante el primer recorrido por el castillo en ruinas, su padre se había pillado los dedos con el viejo órgano.

Anton se estremeció al volver a pensar en el repugnante color violeta oscuro que tenían los dedos de su padre la noche anterior...

Y los machacados dedos tenían que ser también la causa de que ahora de repente estuviera allí fuera de la cueva la madre de Anton, a la que no le entusiasmaban unas vacaciones sin agua caliente corriente y que por eso no se había ido al principio con ellos. Al parecer los dolores se habían vuelto tan fuertes que el padre de Anton había llamado por teléfono a casa y le había pedido a ella que fuera a buscarles... ¡A Anton y a él!

—¡Oh, no! —gimió Anton en voz baja mordiéndose los labios. Él no quería marcharse del Valle de la Amargura... ¡Ni dejar a Rüdiger y a Anna!

Cuando echó un vistazo por la cueva comprobó con sobresalto que ya estaba casi todo recogido... Todo menos su saco de dormir, sus zapatillas de deporte con los calcetines y el libro *El vampiro: verdad y poesía*. ¡Parecía que con las prisas los padres de Anton habían guardado ya hasta su jersey y sus pantalones vaqueros!

Lleno de rabia, Anton pensó que ahora tendría que andar por ahí fuera en pijama... Entonces palpó con los dedos algo áspero y raído que, con toda seguridad, no era su pijama.

Anton estuvo a punto de pegar un grito: ¡Era la capa de vampiro con la que la noche anterior había ido volando con Anna a las ruinas del castillo!

Allí, en las ruinas, Rüdiger le había estado leyendo unas páginas de la *Crónica de la familia Von Schlotterstein...* y al final, cuando Anton regresó solo a pie a la Cueva del Lobo, se olvidó, por puro agotamiento, de quitarse la capa de vampiro y esconderla en la grieta de la roca que había delante de la cueva. Con toda su ropa puesta se había metido tal cual en el saco y se había quedado dormido.

Deprisa y corriendo Anton se subió la cremallera hasta la barbilla. ¿Y ahora? ¿Debería intentar quitarse la capa dentro del saco? ¡Pero dentro del saco de dormir, tan estrecho y tan almohadillado, eso era mucho más fácil decirlo que hacerlo!

# ¡Pobre chico!

Anton aún estaba haciendo esfuerzos por conseguirlo cuando, de repente, una cabeza se asomó por la abertura redonda y le miró; con voz de alegría su madre dijo:

—¡Anton!

Luego entró en la cueva metiéndose a gatas por la abertura, llegó hasta donde él estaba y quiso abrazarle. Sin embargo, Anton, haciendo fuerza, mantuvo cerrada la cremallera por dentro.

Ella se quedó desconcertada:

—¿Estás enfermo?

Inmediatamente le puso la mano en la frente.

—¡Oh, Anton, pero si estás ardiendo!...

«¡No me extraña!», pensó Anton, pero apretó los dientes y no dijo nada.

—¡Pobre chico! ¡Seguro que tiene fiebre! —le gritó al padre de Anton, que estaba fuera.



—¡Yo..., yo no tengo fiebre! —repuso Anton..., dándose cuenta él mismo de que no había sido muy convincente.

—¡Pero si estás empapado en sudor! —exclamó ella, que evidentemente parecía muy preocupada.

—Es que he tenido un sueño muy agitado —intentó excusarse él.

—¡Seguro que era otra de tus horribles pesadillas de vampiros! —dijo, y añadió con decisión —: Esa es una razón más para marcharse de esta horrible cueva. ¡Si es que aquí tiene que tener uno pesadillas a la fuerza!... ¡Menos mal que he encontrado dos luminosas y limpias habitaciones para nosotros en una posada!

—¿Una posada? ¡Yo no quiero ir a ninguna posada! —gruñó Anton.

Su madre se rio.

—Tres días nada más de cavernícolas y papá tiene ya una grave magulladura, tú una gripe... ¡No quiero ni pensar qué es lo que podría pasar aún!

—¡Papá no se ha pillado los dedos dentro de la cueva! —repuso Anton.

—¡Y tampoco os habéis lavado ni una sola vez! —continuó su madre sin hacer caso de los

reparos de Anton—. De tu saco de dormir sale un olor como a..., yo qué sé qué. ¡Probablemente es por eso por lo que mantienes la cremallera cerrada con tanta fuerza! ¡El caso es que ya va siendo hora de que te des un baño!

—¡Yo sí me he lavado! —protestó el padre de Anton desde fuera—. En el río, como corresponde a unas vacaciones-acción. Anton, sin embargo, no..., para él estaba el agua demasiado fría.

—¡No! ¡Estaba demasiado sucia! —repuso Anton.

Tuvo que hacer esfuerzos para no reírse. ¡Si su madre supiera que lo que olía tan raro era la capa de vampiro!...

—¡Está bien! —dijo ella—. ¡Si dices que no tienes fiebre, levántate ahora mismo, coge tu saco de dormir y vente! ¡Papá ya está impaciente por ir a un médico!

La voz de ella —como comprobó con satisfacción Anton— sonaba excitada. ¡En todo caso, en la difícil situación en que él se encontraba (con la capa de vampiro dentro del saco de dormir) una madre impaciente y nerviosa le venía mucho mejor que una excesivamente atenta que no le quitara ojo de encima!

Si la indignaba un poquito más, seguro que salía furiosa de la cueva. ¡Y en aquel momento eso era justo lo que le convenía a Anton!

—¿Impaciente? —dijo con desdén—. Pero si papá acaba de decir que era mejor que me dejarais seguir durmiendo un poco —bostezó ostentosamente—. ¡Papá tiene razón, como siempre! —declaró después cerrando los ojos—. ¡Estoy realmente muy cansado!

—¿Cansado? ¡No me hagas reír! —dijo su madre ahora ya exaltada de verdad—. ¡Tú verás cómo te las apañas solo! Voy a salir de la cueva, pero ¡ay de ti como no hayas venido dentro de diez minutos! ¡Pondremos los motores en marcha y nos iremos sin ti!

Una vez dicho aquello salió corriendo afuera (si es que dentro de la baja cueva se podía hablar de «correr»).

Anton se rio irónicamente. Irse sin él...: ¡Eso no se lo creía ni ella! Aunque a Anton eso... ¡hasta le vendría muy bien! Después de todo, aquella noche había quedado con el pequeño vampiro en la capilla del castillo para enterarse de más cosas de la *Crónica de la familia Von Schlotterstein*.

Y Anton solía acudir a sus citas... ¡Sobre todo a las citas con el pequeño vampiro!

Estuvo esperando hasta que oyó hablar a sus padres entre ellos en voz baja. Luego se puso en pie, se quitó rápidamente la capa de vampiro y la metió dentro del saco de dormir.

Respirando aliviado enrolló el saco de dormir. Se calzó las zapatillas de deporte, se colocó el libro y el saco de dormir debajo del brazo y salió por la abertura.

# No es razón para llorar

Fuera vio apoyada en el árbol y cargada con sus mochilas la bicicleta que su padre había alquilado en la gasolinera de Larga-Amargura.

Se dirigió a su madre riéndose irónicamente.

—¿No decías que ibais a poner los motores en marcha?

—Sí, ¿por qué? —contestó ella.

—¡Pues que con la bicicleta cargada hasta los topes —dijo— lo más que se puede hacer es empujar!

—¡Muy gracioso! —dijo mordaz su madre—. ¡Ya me explicarás tú cómo iba a llegar con el coche hasta vuestra apartada cueva!

—¿Quién ha dicho que tuvieras que hacerlo? —repuso insidiosamente Anton.

—¡Anton! —intervino su padre—. Yo comprendo que estés decepcionado, ¡pero las vacaciones no se han acabado, ni mucho menos! ¡Lo único es que nos trasladamos a una preciosa posada que mamá nos ha encontrado! Allí por las mañanas habrá cacao caliente, un huevo cocido, miel, mermelada, panecillos recién hechos... ¡Todo lo que tú quieras!

—¿Todo lo que yo quiera? —dijo Anton—. ¡Yo lo único que quiero es quedarme aquí!

—¡No seas tan cabezota! —contestó su madre—. ¿O acaso te crees que papá se ha machacado los dedos a propósito?

—No —gruñó Anton—. ¡Pero quizá podríais pensar en mí alguna vez! Al fin y al cabo fuisteis vosotros los que me regalasteis la tienda de campaña y el saco de dormir por Navidad. Y ahora al parecer tengo que quedarme sin todo eso...

Notó cómo se le llenaban los ojos de lágrimas y rápidamente se dio media vuelta.

—¡Anton! —oyó que decía la voz de su madre—. ¡Eso no es razón para llorar! Además, en cuanto estemos en la posada podrás montar tu tienda de campaña con mucho menos peligro que aquí en este... —ella se quedó atascada— ...¡en este Valle de la Amargura plagado de leyendas terroríficas! —dijo después totalmente horripilada.

—¿Leyendas terroríficas?

Contra su voluntad Anton se rio irónicamente.

—¡Sí! En Larga-Amargura se oyen las más terribles historias sobre este valle... ¡Y especialmente sobre el castillo en ruinas! Por eso tampoco nos hospedaremos en Larga - Amargura, sino en el Valle de la Alegría.

—¿En el Valle de la Alegría?

—Sí, así se llama el valle vecino, donde está la posada. ¡Seguro que allí te sentirás muy bien!

—¿Que me sentiré bien? —inquirió pensativo Anton mirando hacia el castillo en ruinas—. ¿Y dices que allí podré de verdad montar mi tienda de campaña?

—¡Pues claro que sí! Detrás de la posada hay un gran jardín con viejos árboles frutales... Para acampar está que ni pintado.

—Hummm... ¿Ya qué distancia está ese alegre valle?

—A un cuarto de hora en coche.

—Un cuarto de hora... —repitió Anton completamente sumido en sus pensamientos.  
¡Entonces él, con la capa de vampiro, tardaría como mucho veinte minutos!

—¡No suena muy mal del todo!

Observó los morados dedos de su padre. ¡Realmente a él incluso le venía muy bien que de allí en adelante su madre estuviera ocupada con el problema de la mano herida!

—¡Okay! —dijo haciéndose el condescendiente—. Estoy de acuerdo... ¡Pero sólo si es verdad que me dejáis acampar!

—¡Prometido! —afirmó su padre.

—Con una condición... dijo la madre de Anton.

—¿Cuál? —preguntó molesto Anton.

—¡Que en el jardín no haya vampiros! —explicó ella.

El padre de Anton se rio a carcajadas.

—¡Vampiros en el jardín! ¡De haber vampiros, sería más probable que estuvieran en las horripilantes ruinas de allí arriba!

Anton estiró el mentón.

—¡Exacto! —dijo, y con una risita burlona añadió—: Papá, como siempre, tiene razón.

—¡Vaya dos! —dijo resentida su madre—. Vámonos ya de una vez.

# Un pequeño Robinson Crusoe

La posada del Valle de la Alegría era un edificio bastante grande con un tejado de ripias cubierto de musgo y dos torres.

La madre de Anton había alquilado habitaciones en el primer piso. En la más grande había una cama de dosel con cortinas de encaje que se podían echar.

—¡Es la suite nupcial! —le había susurrado ella al padre de Anton... y se había puesto colorada cuando se dio cuenta de que Anton también lo había oído.

La habitación de Anton era más pequeña y tenía un tocador en el que había una jofaina adornada con pintura y un jarro. Iba ya a burlarse diciendo que vaya agua caliente corriente cuando vio el lavabo, que estaba instalado en un rincón de la habitación.

—¿Te gusta tu habitación? —le preguntó expectante su madre.

—Hummm, sí, no está mal —dijo Anton con marcada indiferencia.

Naturalmente, no iba a revelar a ella que la habitación, incluso, le parecía estupenda, pues tenía un pequeño balcón que daba al jardín, mientras que la habitación de sus padres daba a la parte de delante, a la desigualmente empedrada calle.

Además, desde el balcón Anton ya había descubierto un sitio donde montar su tienda de campaña: en la parte trasera del jardín había un árbol grande y nudoso con una copa muy extendida y muy caída, cuyas tupidas ramas colgaban casi hasta el suelo. Ni siquiera unos ojos de vampiro podrían descubrir una tienda de campaña debajo de aquel techo de ramaje. ¡Ni siquiera una de color rojo chillón como la de Anton!

Esperó a que se fuera su madre y luego metió rápidamente sus cosas en el armario, escondió la capa de vampiro entre dos jerseys, cogió su tienda de campaña y su saco de dormir y se marchó corriendo al jardín.

De cerca el árbol parecía más imponente aún. Y el ramaje era tan denso que debajo del árbol reinaba la penumbra. Anton, muy contento, se puso a montar su tienda de campaña justo al lado del tronco.

Por la tarde, cuando sus padres regresaron de visitar al médico del Valle de la Alegría, les enseñó dónde estaba la tienda de campaña.

—¡Esto es salvajemente romántico —exclamó la madre de Anton riéndose—. Esto es justo lo apropiado para un pequeño Robinson Crusoe.

—¿Para un pequeño Robinson Crusoe? —repitió Anton.

«Preferiría un pequeño vampiro», pensó. En voz alta dijo:

—¡Bah, ése está pasado de moda!

—¿Pasado de moda? —contestó ofendida—. Robinson Crusoe es un clásico de la literatura universal. Deberías leerlo... ¡y no estar leyendo siempre tus horribles historia; de vampiros!

—Sss..., sí —dijo Anton riéndose irónicamente—. Lo que pasa es que cada uno de nosotros tiene sus propios gustos y sus propias ideas sobre la literatura universal. Y además —añadió—, ese libro ya está bastante polvoriento... Si no me equivoco, es de mil setecientos diecinueve.

—¿Y tú eso cómo lo sabes?

—¿Del colegio! ¿Se pueden leer historias de vampiros y ser culto al mismo tiempo!

La respuesta fue una sonora carcajada, que soltó el padre de Anton.

—Bueno, por lo menos Anton ha recuperado su buen humor —observó.

—Mi humor sería mejor todavía si me permitierais dormir esta noche en la tienda de campaña —dijo ladinamente Anton.

—¿Eso ni pensarlo! —repuso su madre—. Esta mañana todavía estabas con calentura y sudando. Y ya tengo bastante con *un* enfermo en la familia.

—¿Enfermo? ¿Pero si yo no estoy enfermo! —protestó el padre de Anton.

El médico del Valle de la Alegría le había puesto un blanquísimo vendaje sujeto con esparadrapo que le llegaba hasta la muñeca.

—No tengo que forzar la mano y descansar como es debido...: el médico no ha dicho nada más.

—¿Descansar como es debido? —dijo Anton riéndose con maldad—. Pues entonces yo en tu lugar no hubiera llamado por teléfono a mamá.

Su madre le lanzó una mirada furibunda.

—¿Ya me estás hartando, Anton Bohnsack! —dijo y, enfadada, se dio media vuelta.

—¿Espera! —exclamó Anton, y cuando ella se detuvo preguntó con la sonrisa más inocente del mundo—: ¿Y cuándo me dejaréis dormir en la tienda de campaña?

—¿Que cuándo? —preguntó en tono poco amigable—. Ya veremos.

Dicho esto se marchó.

—Entonces, ¿cuándo? —exclamó Anton según se alejaba; pero, como él esperaba, ya no contestó.

—¿Anton! —dijo su padre—. No deberías abusar de nuestra paciencia. Nosotros comprendemos que estás decepcionado, pero ya vas siendo lo suficientemente mayor como para comprender que a veces tiene uno que..., ejem..., adaptarse a las circunstancias.

—¿Crees que no lo he comprendido hace ya mucho tiempo? —gruñó Anton metiéndose en su tienda de campaña.

—¿Vuelve a pensar en ello con calma! —le aconsejó su padre desde fuera en tono conciliador.

—Sí, sí —murmuró Anton.

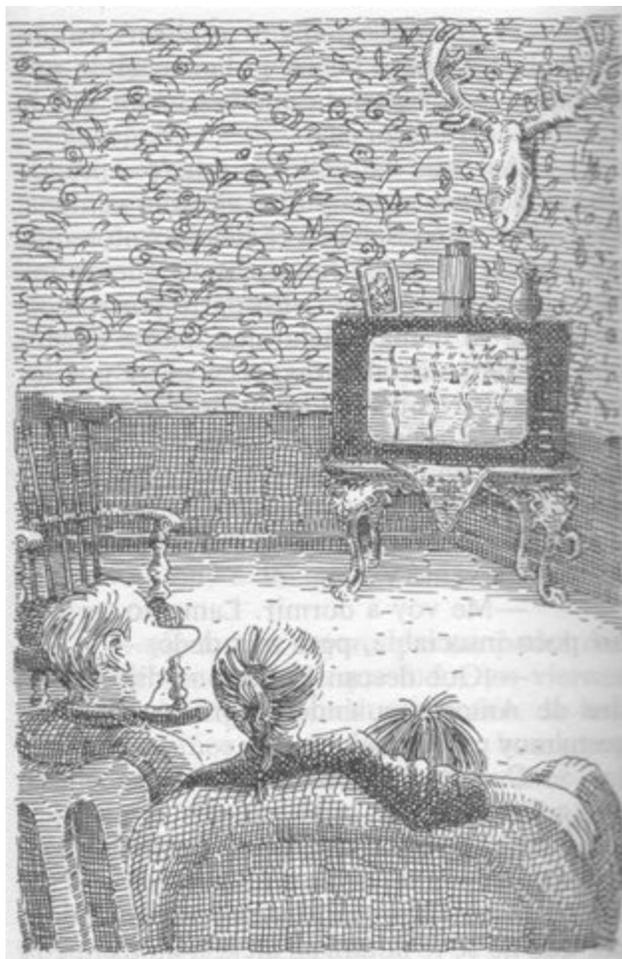
Sin embargo, en cuanto su padre se fue, pensó en otra cosa completamente diferente: ellos le habían prohibido dormir en la tienda de campaña..., estaba bien (o mejor dicho: no estaba nada bien). Pero, bueno, Anton se atendría a la prohibición. Ahora: ellos no habían dicho nada de que tampoco le permitieran hacer una pequeña excursión en la oscuridad con su capa de vampiro.

¿Así que aquella noche Anton se iría volando al Valle de la Amargura!

# Interferencias en la recepción

Después de la cena (hubo sabrosas patatas asadas con huevos revueltos y jamón), Anton estuvo con sus padres y la señora Virtuosa (la fornida y rubicunda dueña de la casa) en la sala de televisión de la posada. Mientras seguía indiferente la película sobre las lombrices de tierra, esperaba cada vez más impaciente que empezara a oscurecer.

La sala de televisión era una habitación grande y, según había dicho su madre, «muy acogedora», con grandes cornamentas colgadas en las paredes. Desde luego, a Anton no le parecía nada acogedora. Los sillones y las mesas que allí había parecían antiquísimos y sólo la televisión, hasta cierto punto, daba una impresión de algo moderno..., aunque a intervalos regulares la imagen vibraba y se agitaba de un modo desagradable. Como era una película sobre lombrices, a Anton eso no le pareció tan dramático..., pero la idea de tener que ver a saltos una película de vampiros le produjo escalofríos.



—¿Al principio hay que acostumbrarse a las vibraciones? —dijo como disculpa la señora Virtuosa—. Aquí, por estar situados en el valle, tenemos algunas interferencias en la recepción.

«¿Algunas?», iba a replicar Anton; sin embargo, luego pensó en la excursión que tenía prevista y para la que era mejor que la tarde discurriera en paz.

Así que se calló y estuvo mirando disimuladamente una y otra vez a la ventana. Pero el sol aún estaba en el cielo y Anton quería esperar, a todo trance, hasta que se hubiera hecho de noche... En parte por sus padres, que ya habían dicho que iban a dormir con las ventanas abiertas, y en parte

por los sedientos parientes del pequeño vampiro.

Por fin empezó a oscurecer y la señora Virtuosa encendió una gran lámpara de pie con pantalla de felpa.

Sonriendo tímidamente, el padre de Anton se levantó y dijo:

—Me voy a dormir. Lamento ser hoy un poco insociable, pero mis dedos...

—¡Que descanses bien! —dijo la madre de Anton siguiéndole con la vista con gesto muy preocupado.

Cuando ya se había marchado, ella le dijo a Anton:

—¿No crees que ya va siendo hora de que tú también te vayas a tu habitación?

—¿Ya? —gruñó Anton esforzándose por que no se le notara su alegría ante aquella oportunísima propuesta.

—Toda la noche pegado a la televisión... ¡Y luego habláis de «vacaciones-acción»! —dijo mordaz su madre.

—¿Por qué?

Anton se rio burlonamente a sus anchas y en aquella ocasión contestó:

—Además: enseguida va a empezar el teledeporte.

—¡Vaya un diablillo que es vuestro Anton! —dijo la señora Virtuosa—. ¡Seguro que se entendería bien con Bartel, el hijo del cocinero!

—No, gracias —gruñó Anton—. No me apetece.

Según se marchaba oyó aún decir a la señora Virtuosa:

—Quisiera preguntarle algo; usted que es profesora tiene que saber qué es lo que les gusta leer a los jóvenes de hoy.

—¡Sí, por supuesto! —aseguró la madre de Anton, a lo que la señora Virtuosa dijo:

—¡Entonces seguro que me podrá dar un par de consejos! Es que todos los viernes por la tarde organizamos una sesión de lectura para niños en el parque de bomberos para fomentar la lectura entre los niños del Valle de la Alegría. Pero, por desgracia, parece que nuestros niños del campo ya no quieren leer libros.

Riéndose burlonamente para sus adentros, Anton cerró la puerta.

Lo que les gusta leer a los jóvenes de hoy... Como la señora Virtuosa siguiera los consejos de su madre, sólo tendría Robinson Crusoe y compañía, y, siendo así, Anton podía garantizar ya que su parque de bomberos seguiría estando vacío... ¡Por lo menos durante las sesiones de lectura para niños!

Subió a su habitación muy animado y como aún había demasiada claridad para emprender el vuelo, cogió su libro *El vampiro: verdad y poesía* y se tumbó con él en la cama. Tras hojearlo un poco encontró la historia más apropiada: «El guarda forestal del pañuelo rojo al cuello. Una historia de vampiros auténtica ocurrida en el Westerwald».

Cuando se la terminó de leer se levantó. Se dirigió a la puerta de la habitación y estuvo acechando el pasillo: no se veía a nadie. Probablemente su madre estaba todavía con la señora Virtuosa haciendo planes; planes para salvar el..., ejem..., cultivo de la lectura.

¡Así pues, Anton podía emprender el vuelo hasta cierto punto despreocupado! Por si acaso, sin

embargo, echó la llave que había en la puerta..., aunque sabía que su madre odiaba las puertas cerradas con llave y estaba seguro de que le iba a echar la bronca por eso.

Luego se puso la capa de vampiro con las manos un poco temblorosas porque aquella vez volaría de noche completamente solo, sin Anna y sin Rüdiger.

A pesar de ello..., iba a atreverse a hacerlo. ¡Tenía que atreverse a hacerlo! ¡Después de todo, había quedado con Rüdiger y el pequeño vampiro no podía imaginarse que Anton y su padre había abandonado el Valle de la Amargura!

Anton salió al balcón con el corazón palpitante.

La luna brillaba y del jardín llegaron a su oído extraños e inquietantes sonidos: suaves murmullos, susurros, crujidos, crepitaciones. De repente sintió un enorme vacío en el estómago.

Sin embargo, luego se dijo que también el pequeño vampiro tenía miedo a la oscuridad y que ese miedo no era nada raro ni nada de lo que arrepentirse. ¡Y el miedo —intentó infundirse valor— estaba para superarlo!

Extendió los brazos con decisión y los movió arriba y abajo como sabía que lo hacían Rüdiger y Anna.

Sus pies se separaron inmediatamente del suelo y con un cosquilleo que le llegó hasta la punta de los pies Anton se elevó en el aire.

Movió los brazos con fuerza y de forma regular y ganó altura rápidamente.

Echó aún un vistazo de despedida a la posada, que ahora ya no parecía mucho más grande que una casa de juguete, con ventanas tan diminutas como las puertas de un almanaque de Adviento... y luego salió volando en medio de la noche.

# Tiendas de campaña y ataúdes

A Anton no le resultó difícil encontrar el camino de vuelta al Valle de la Amargura: sólo tuvo que volar siguiendo la carretera empedrada y coger luego en el desvío la estrecha carretera asfaltada que llegaba hasta Larga-Amargura y que pasaba por el Valle de la Amargura.

Mientras Anton iba volando sobre la estrecha cinta de asfalto su corazón latía cada vez más deprisa e iba mirando a su alrededor con creciente intranquilidad, no fuera a ser que tuviese cerca a algún vampiro (por ejemplo a Tía Dorothee).

Sin embargo, únicamente en una ocasión se cruzó por delante de Anton un pequeño pájaro (probablemente una lechuza).

Luego fue volando a menos altura, manteniéndose al amparo de los árboles. Aquello era muy fatigoso, pues tenía que tener cuidado de no quedarse enganchado en ninguna rama..., ¡pero así estaba mejor protegido por los árboles!

Cuando descubrió el camino que había utilizado con su padre para llegar al valle y a la Cueva del Lobo, aterrizó y continuó a pie.

Afortunadamente llevaba puestas las zapatillas de deporte y podía moverse sin hacer ningún ruido.

Y Anton llegó entonces al Valle de la Amargura.

Se quedó parado y dirigió la mirada hacia el ancho valle atravesado por suaves colinas. Bajo la plateada luz de la luna parecía un valle de paz y de armonía..., a no ser por los sombríos y medio derruidos muros del castillo que surgían al final del valle y presentaban un aspecto caótico y amenazante. ¡El lugar ideal para los vampiros! Y, en efecto, era allí, en las bóvedas del sótano del castillo en ruinas, donde habían montado sus tiendas de campaña..., mejor dicho: ¡sus ataúdes!

¿Estaría ya el pequeño vampiro en la capilla del castillo, sentado ante el antiquísimo atril de madera, estudiando la *Crónica de la familia Von Schlotterstein*, aquella obra rodeada de misterios cuya escritura en tinta negra sólo podían leerla los vampiros?

¡La capilla del castillo estaba tapada por la gran torre, de modo que Anton no podría ver el resplandor ni aunque Rüdiger hubiera vuelto a encender toda la provisión de velas!

Recordó cómo Anna había insultado al pequeño vampiro por derrochar las velas y cómo Rüdiger había respondido que lo único que pasaba era que le daba envidia porque *ella* aún no sabía leer la *Crónica*.

Sin embargo, Anton sabía que, si por ella fuera, Anna seguiría siempre sin poder leer la *Crónica*, pues ella le había confiado que lucharía con todas sus fuerzas para *no* convertirse en vampiro y que *no* le salieran dientes de vampiro mientras Anton no quisiera convertirse también en vampiro...

Sólo que... ¿Podía estar seguro Anton de que aquello iba a funcionar? ¿No pasaría con los vampiros igual que con los seres humanos, que se van haciendo adultos independientemente de que se quiera o no?

Por otra parte..., Anna parecía muy optimista y había dicho que lo iba a conseguir.

Anna... Anton estaba pensando en sus grandes y brillantes ojos, en su redonda boca que

sonreía con tanta dulzura..., cuando, de repente, algo puntiagudo le golpeó dolorosamente en la espalda.

# Duro de mollera

Con un grito ahogado se dio media vuelta.

Era... ¡Lumpi! Allí estaba, riéndose burlón y examinando a Anton, apuntándole de modo amenazador con su dedo índice del que surgía una uña repugnantemente larga y afilada... ¡Lumpi, el imprevisible y pendenciero hermano mayor de Anna y de Rüdiger!



A Anton se le paralizó la sangre en las venas.

Mudo de espanto miró fijamente a Lumpi, cuyo lívido rostro le pareció aún más repugnante que de costumbre: una gigantesca boca de color rojo sangre, una piel granujienta, una gran nariz...

Lumpi entonces se rio...: un graznido bronco y desentonado que a Anton le caló hasta los huesos.

—¡Parece que conmigo no contabas! —dijo pareciendo disfrutar de verdad con el temor de Anton—. Bueno, no importa —añadió al no decir Anton ni pío—. ¡La principal es que yo sí había contado *contigo!*

—¡Yo..., yo no había contado con nadie! —balbuceó Anton.

—¿Con nadie? —le siguió la corriente Lumpi divertido.

Y diciendo «ay, ay, pues entonces me siento personalmente ofendido» le puso a Anton sus garras en los hombros..., con tanta fuerza como si fueran tornillos de banco.

—Pero tú no estás aquí por casualidad, ¿no? —preguntó, ahora ya no tan amablemente.

—No...

—¡Pues entonces desembucha!

—¿Que desembuche?

Anton estaba temblando de miedo.

—Yo...

—¡No podía reconocer de ninguna manera que Rüdiger le iba a volver a leer aquella noche cosas de la *Crónica de la familia Von Schlotterstein*, pues no sabía si era realmente cierto que el pequeño vampiro estaba estudiando la *Crónica* con el permiso de su abuela, Sabine la Horrible!

—Rüdiger y yo... —empezó a decir tartamudeando, e iba a inventarse algo sobre una cacería nocturna cuando Lumpi le quitó la palabra de la boca:

—¡Ajajá! O sea, que reconoces que habías quedado con Rüdiger.

—Sí...

—¡Claro! —siseó satisfecho Lumpi—. Y entonces ibas a volver a contarle algunos de tus asquerosos trucos. ¿Tengo razón o no?

—¿Asquerosos trucos?

—¡No te hagas el inocente! ¡Tú eres el responsable de que Jörg el Colérico ya no me dirija la palabra y de que estemos atravesando una crisis en nuestras relaciones!

—¿Yo? ¿Qué es lo que he hecho yo?

Anton no se sentía culpable de nada.

—¡Qué es lo que he hecho yo, qué es lo que he hecho yo! —se burló de él Lumpi. Contrajo los ojos hasta dejar abierta sólo una rendija y en voz baja y amenazante dijo—: Acuérdate de tus insidiosos trucos con lo de rodar y demás... ¡Grandísimo tramposo!

—Ah, te referías a eso...

—¡Sí, a eso me refiero!

—Si yo hubiera sabido que ibas a tener un disgusto con Jörg el Colérico por eso, entonces...

—Entonces, ¿qué?

—¡Entonces me hubiera guardado el secreto!

—Ah, ¿sí? —dijo Lumpi riéndose de forma desagradable—. ¡Pero ahora el niño ya ha caído en el ataúd! Ahora ya sólo podemos hacer una cosa: ¡volver a sacarlo juntos!

—¿Volver a sacarlo juntos? —repitió desconfiado Anton. ¡Esperaba que Lumpi no quisiera ir con él a la bóveda subterránea de los vampiros!...

Pero Lumpi parecía estar pensando en otra cosa.

Bruscamente dijo:

—Y por eso me vas a dar una clase extra... ¡Sólo para mí y con trucos especiales!

Anton le miró perplejo.

—¿Una clase extra? ¿De..., de qué?

—¿De qué va a ser? ¡De jugar a los bolos, estúpido! —tronó Lumpi. En tono divertido añadió—: No me explico qué es lo que Rüdiger encuentra en ti con lo duro de mollera que eres.

Se rio con voz ronca y presuntuosa.

Luego, con una voz de repente cambiada, suave y aduladora, añadió:

—Pero quizá sí lo comprendo... ¡Tú tienes un cuello maravilloso, Anton! ¿Te lo habían dicho alguna vez?

—¡No! —balbuceó Anton.

—Tu piel debe de tener un tacto indescriptiblemente delicado... ¿Tendrías algo en contra de que te la acaricie con cuidado con el dedo?...

—¡No! Digo...: ¡sí! —gritó Anton—. ¡Sí tengo algo en contra!

—¿De verdad? —dijo Lumpi suavemente y sin dejarse impresionar en absoluto—. ¿Y si te dijera que no sólo tienes un cuello maravilloso, sino también... —de un repentino tirón atrajo a Anton hacia sí— ...que además hueles increíblemente bien?

—¿De..., de veras? —tartamudeó Anton.

Desgraciadamente él no podía afirmar lo mismo de Lumpi: ¡Su olor a mohó era casi insoportable!

Lumpi se rio irónicamente.

—Hueles igual que un cebollar.

—¿Igual que un cebollar? —murmuró Anton acordándose de que las patatas asadas de la señora Virtuosa tenían un sabor muy picante a cebolla. ¡Pensó furioso que era una lástima que no hubiera echado en la comida la misma cantidad de ajo! Sin embargo, luego se dio cuenta de que el ajo a la mayoría de los vampiros en vez de ahuyentarlos lo único que hacía era ponerles más salvajes.

—Yo..., yo creo que deberíamos empezar con nuestras clases prácticas —dijo con la voz oprimida.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Lumpi sin aflojar la presión de sus grandes y fuertes manos.

—Porque..., si sigues apretándome mucho tiempo los hombros, seguro que me va a dar tortícolis, y entonces ya no te podré enseñar ningún truco para jugar a los bolos.

Aquello dio resultado: Lumpi dejó caer sus brazos y preguntó:

—¿Es que tienes tortícolis a menudo?

—¡Oh, sí, con bastante frecuencia! —afirmó Anton.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —siseó Lumpi—. En esas circunstancias te habría tratado como a un huevo; como a un huevo crudo. ¡Yo puedo ser muy delicado cuando quiero!

Mientras decía aquello miró con los ojos bizcos, grandes y anormalmente brillantes el cuello de Anton.

—Entonces... ¿es que tienes ya tortícolis? —preguntó con voz ronca relamiéndose una vez rápidamente.

Anton se estremeció.

—Nnn..., no —dijo—. Sólo..., sólo me ha dado un pequeño crujido.

—¿Qué? ¿Que ya te ha dado un crujido? —exclamó Lumpi—. Entonces ha llegado el momento de dar la clase especial. ¡Vamos, vente, Anton!

—¿Irme? ¿Adónde? —preguntó angustiado Anton.

—¿Adónde va a ser?: ¡A la bolera! —contestó Lumpi con una risa como un graznido—. ¡Realmente eres duro de mollera!

—¿A la bolera? —Anton tragó saliva—. ¿Te refieres acaso a la de la taberna del Paño de Lágrimas?

—¡Claro! Por fin lo has comprendido. ¡Pero anda que no has tardado!

—Yo...

Anton sintió cómo le corrían escalofríos por la espalda.

—Yo creía que íbamos a dar la clase práctica aquí —objetó tímidamente.

—¿Aquí, en medio de todas estas toperas? —Lumpi resopló con desprecio—. ¡No, gracias!

Cuando Lumpi el Fuerte da una clase práctica lo hace en el marco apropiado. Así que, ¡venga!

E inmediatamente se elevó en el aire.

—¡Vamos de una vez! —le gritó impaciente a Anton.

—Sss..., sí —dijo Anton con voz opaca.

Volvió a notar un enorme vacío en el estómago y sentía los brazos y las piernas tan flojos y tan débiles como si fueran de goma.

Movió tímidamente los brazos arriba y abajo... y casi sin creérselo sintió cómo sus pies se separaban del suelo y echaba a volar.

# A clase

—No lo haces del todo mal —dijo Lumpi riéndose irónicamente— para no ser *todavía* un vampiro.

Anton le echó una sombría mirada de reojo, pero no dijo nada.

Su corazón palpitaba como loco y la idea de estar solo con Lumpi en la vacía y abandonada taberna hizo que le corriera un sudor frío por la frente.

Sin embargo, no era solamente el miedo a Lumpi..., sino también el miedo a encontrarse con alguno de los demás vampiros... y la preocupación de que Rüdiger le pudiera ver enseñándole sus «trucos» de bolos a Lumpi.

¡Seguro que el pequeño vampiro lo consideraría una traición! Pero ¿qué podía hacer Anton?

En la fuga no había ni que pensar, pues Lumpi volvería a cogerle en seguida. Y Anton no quería ni imaginarse qué sería lo que Lumpi haría con él entonces...



Así que siguió volando detrás de Lumpi, aunque de muy mala gana.

Nunca había visto a Lumpi por los aires y en aquel momento comprobó que el estilo de vuelo de Lumpi se correspondía completamente con su cambiante e imprevisible carácter: a veces avanzaba con vigorosas brazadas, pero luego volvía a reducir la velocidad de su vuelo y planeaba tranquilamente al lado de Anton. En ocasiones, incluso, se quedaba detrás a propósito para poco después adelantar como una flecha a Anton.

Finalmente aterrizaron ante la taberna. Los vacíos agujeros de las ventanas y la puerta, que estaba destrozada junto a la entrada, le parecieron a Anton más inquietantes y fantasmagóricos todavía que la primera vez. Sintió que se le estaba poniendo la carne de gallina. Lumpi, por el contrario, parecía estar muy satisfecho y ávido por entrar en acción.

Le dio a Anton un codazo en el costado y dijo:

—¡A clase!

—Ejem... —vaciló Anton—. Podría haber alguien en la bolera, ¿no?

—¿Alguien? —repitió Lumpi—. Sí, tienes razón —dijo después—. Quizá —y entonces le pegó un segundo codazo a Anton—, ¡quizá una pareja de enamorados!

Se rio resoplando, pero en seguida se tapó la boca con la mano.

Enérgicamente dijo:

—¡Así que ponte en marcha y mira a ver si no hay moros en la costa!

—¿Yo?

—Sí, no pensarás que voy a ir yo, ¿no? —dijo Lumpi riéndose con voz ronca—. Yo montaré guardia aquí fuera.

—Pero...

Anton vaciló. Querer enviarle a él era una verdadera guarrada, pues Lumpi veía en la oscuridad mucho mejor que él.

—¿Y si me hago una herida? —puso reparos Anton—. Podría tropezarme y romperme una pierna. O... golpearme con una tabla en la cabeza y...

—... Hacerte sangre, ¿ibas a decir? —exclamó excitado Lumpi.

—No —le contradijo apresuradamente Anton—. Quería decir que entonces tal vez sufriera una conmoción cerebral y ya no te podría enseñar mis trucos de bolos.

—¿Una conmoción cerebral? —repitió Lumpi—. ¡Oye, tú estás medio muerto!

—¿Medio muerto? —balbuceó Anton.

Lumpi entonces se rio irónicamente.

—Bueno, con todos esos achaques que tienes...: tortícolis, conmoción cerebral... ¡Hay que alegrarse de ser un vampiro! —dándose importancia declaró—: ¡Yo nunca sufriría una conmoción cerebral por golpearme contra una tabla!

—Entonces será mejor que seas *tú* quien mire a ver si no hay moros en la costa. —Y con picardía añadió—: Tú eres mucho más fuerte y mucho más valiente que yo.

—¡Eso es verdad! —dijo halagado Lumpi.

Se estiró y con un gesto de condescendencia anunció:

—¡Está bien! Miraré yo. Y si todo está en orden, te llamaré.

Dicho esto se dirigió hacia la taberna y desapareció por el oscuro hueco de la puerta.

## Ciertos rumores

Transcurrió un buen rato. Anton observaba muy intranquilo la casa y el largo y plano edificio en donde él sabía que se encontraba la bolera.

De repente se abrió una ventana del edificio. La carcomida madera crujió y rechinó, y el cristal —extrañamente los cristales del edificio no estaban rotos— tintineó con suavidad. Luego, Lumpi se asomó a la ventana.

—¡Todo está perfectamente! —anunció—. No hay nadie: sólo nosotros dos. ¡Vamos, ven! Yo te auparé.

—¡Auparme! Y si me dislocas los brazos, ¿qué? —repuso Anton.

Lumpi se rio con sarcasmo.

—¡Pero Anton...! —repuso—. Tú no sólo eres duro de mollera, sino que además tienes menos memoria que una regadera. ¡Ay, ay, ay...! ¿No te había dicho que yo puedo ser muy delicado si quiero? —luego añadió en tono desabrido—: ¡Y ahora ven!

Anton fue hasta la ventana titubeando y la examinó. Luego declaró:

—Puedo hacerlo yo solo.

—No eres muy agradecido que digamos —gruñó Lumpi, que había retrocedido un par de pasos y vio cómo Anton trepaba por la ventana—. Si te ofrecen ayuda, deberías aceptarla... ¡Por tu propio interés!

Anton no respondió.

Miró angustiado a su alrededor, pero allí dentro había tanta oscuridad que apenas pudo distinguir nada.

—Sí que podrías ayudarme... —empezó a decir cautelosamente.

—¿Así, de repente?

—¡Sí! Podrías encender alguna luz.

—¡Ja! —dijo Lumpi riéndose malévolamente—. ¿Y qué pasa si yo ahora ya no te quiero ayudar?

—Bueno, pues... —Anton se rio irónicamente—. Entonces no te podré enseñar mis trucos de bolos.

—¿Qué? —gritó Lumpi—. Está bien —dijo—. Tendrás tu luz.

Corrió hasta el final de la bolera donde Anton le oyó revolver en la oscuridad. Luego apareció la llama de una cerilla y Anton vio que encendía una vela. Inmediatamente después Lumpi regresó con la vela encendida en la mano.

Colocó la vela en la ventana y gruñó:

—¿Empezamos ya de una vez?

Anton observó la pista de bolos, que estaba cubierta de polvo y de escombros. ¡A nadie, excepto a los vampiros, se le hubiera ocurrido jugar a los bolos en aquella pista!

—¿Hay aquí alguna escoba? —preguntó.

—¿Una escoba? —repitió malhumorado Lumpi—. ¡Eh, tú, no me tienes que enseñar cómo se juega al hockey, sino a los bolos!

—No la necesito para pegarle a la bola. ¡La necesito para barrer!

—¿Para barrer? —Lumpi se rio con un graznido—. Eres igual que mi tío Theodor... ¡Drácula le tenga en su gloria! Todas las noches nada más despertarse barría el ataúd.

—¿El ataúd? —dijo anonadado Anton—. ¿Y por qué lo hacía?

—Bueno... —Lumpi se rio irónicamente—. Afirmaba que era alérgico al polvo. ¡Pero yo creo que lo hacía por vanidad!

—¿Por vanidad?

—¡Sí señor! —reafirmó Lumpi, y susurrando añadió—: Se le caía el pelo.

—¿Se le caía el pelo? —preguntó Anton—. Yo pensaba que eso sólo les ocurría a los...

Iba a decir «seres humanos», pero pudo reprimirse justo a tiempo.

Sin embargo, Lumpi comprendió qué era lo que quería decir.

Riéndose irónicamente a sus anchas, murmuró:

—Sss..., sí, ya sabes, nuestra alimentación..., desgraciadamente es un poco incompleta. Ni fruta, ni verdura... —y echándole una mirada al cuello de Anton añadió—: Espero, sin embargo, que *tú* sí comas todo eso y te hagas muy grande y muy fuerte y tengas buena sangre.

Anton sintió escalofríos. Rápidamente dijo:

—¡La escoba! ¿Hay aquí una escoba sí o no?

—Tú y tu escoba —gruñó de mal humor Lumpi—. ¡Ahora que charlando estábamos empezando a conocernos mejor vas tú y vuelves a empezar con lo de tu maldita escoba!

Resopló fuertemente un par de veces para dar mayor expresión a su indignación. Luego, de forma desabrida, dijo:

—¡Por supuesto que no hay aquí ninguna escoba! Además, ¿para qué?

—¿Cómo que para qué? ¡Porque una pista de bolos tiene que estar limpia!

«Y tampoco debe tener agujeros ni zonas abombadas», añadió para sí, pero prefirió no decirlo en voz alta.

—¿Limpia? —repitió Lumpi. Riéndose burlonamente añadió—: ¡Tú, Anton, eres un auténtico maniático de la limpieza...! No, de veras —dijo con un tono de maestro superior—. Las pistas de bolos bien pueden tener polvo... Eso no influye para nada.

—¿Que no? —preguntó Anton—. ¿Y qué es lo que influye entonces, según tú?

—¡Los jugadores! —contestó Lumpi riéndose satisfecho consigo mismo—. O mejor dicho: ¡Del jugador!

Con una disimulada sonrisa de burla Anton preguntó:

—Y si *tú* eres un jugador de bolos tan estupendo, entonces ¿para qué quieres que yo te enseñe trucos?

—¿Para qué? —repitió Lumpi, y frunció la comisura de los labios, pues era evidente que no sabía qué replicar.

Luego, sin embargo, se le ocurrió algo:

—¡Porque también un buen jugador de bolos puede mejorar aún más! Y además —añadió—: en los círculos vampirescos corren ciertos rumores...

—¿Rumores?

—¡Sí! Dicen que Leo el Valiente no era un superjugador de bolos como Jörg el Colérico

pretendía hacernos creer. Y que sus consejos derivados de que «bolos viene de volar» no hay por qué creérselos «a sangres rojillas»..., digo..., «¡a pies juntillas!».

—¿De verdad? —se hizo el sorprendido Anton.

—¡Bueno... y, naturalmente, dadas las circunstancias yo no quiero entrenarme para el día de mañana con los métodos de ayer! —dijo pomposamente Lumpi—. Y por eso... —hizo entonces una pausa significativa y miró fijamente a Anton como si fuera a hipnotizarle—. ¡Y por eso quiero que ahora me enseñes de una vez tus trucos!

# La calma que precede a la tormenta

—¿Mis trucos? —repitió Anton arrastrando las palabras.

¡Si Lumpi supiera que él no se sabía ningún truco!

—Entonces lo primero que nos hace falta es la bola —declaró.

—¡Ah sí, la bola! —exclamó Lumpi golpeándose la frente con la mano.

Rápidamente fue otra vez corriendo hasta el extremo de la bolera y regresó con una gran bola de madera.

—¡Aquí está!

—Bueno, pues primero hay que hacer flexiones de rodillas —empezó Anton con sus instrucciones.

—¿Y eso para qué?

—Para estar más relajado. Primero, pues, se hacen flexiones de rodillas y luego, cuando ya se está verdaderamente relajado, se coloca la bola encima de la pista y ya... ¡zas!: se lanza la bola hacia delante y se derriban los nueve bolos.

—¿Colocarla encima de la pista? —gruñó Lumpi haciendo rechinar los dientes.

—Está bien —dijo después—. Lo intentaré.

Se arrodilló..., pero inmediatamente después volvió a ponerse de pie y le dijo con aspereza a Anton:

—¿Qué había que hacer? ¿Lanzar hacia delante?

—No, primero tienes que hacer flexiones —contestó Anton. Y como Lumpi no se movió, le ofreció—: ¿Quieres que te haga una demostración?

—¿Una demostración? —dijo Lumpi resoplando rabioso y lanzándole una mirada furibunda—. ¿Qué te crees, que yo soy tan duro de mollera como tú? Parece que tú no sabes a quién tienes delante: ¡Lumpi el Superfuerte, el mejor jugador de bolos de todos los tiempos!

Y una vez dicho aquello volvió a arrodillarse, lo cual fue acompañado por un horrible chasquido de sus articulaciones. Estiró el brazo izquierdo hacia atrás... y durante unos instantes todo estuvo absolutamente en calma en la gran sala oscura.

«¡Como la calma que precede a la tormenta!», se le pasó por la cabeza a Anton... Y lo que ocurrió después fue realmente como una tempestad: Lumpi colocó la bola sobre la pista, se oyó un estrépito y un traqueteo, resonó un prolongado grito, un chillido ronco que hizo que Anton se le pusieran los pelos de punta.

En un primer momento creyó que era un grito para darse ánimos como el que solía lanzar también Jörg el Colérico..., pero luego vio que Lumpi se había llevado a la boca el dedo índice de la mano izquierda.

Al mismo tiempo sollozaba:

—¡Mi preciosa uña, mi más preciosa uña!

Anton se quedó rígido.

De lo que más orgulloso estaba Lumpi era de sus largas uñas... ¡y podía volverse loco de rabia si se le partía una!

Anton retrocedió temblando hasta la pared.

Vio cómo Lumpi se sacaba el dedo de la boca y observaba la uña partida.

Luego Lumpi dijo en voz baja y amenazadora:

—Esto lo has hecho a propósito.



# Confabulados

—¿A propósito? —repitió anonadado Anton.

—¡Sí! Para que yo perdiera el concurso de uñas.

—¿El... concurso de uñas?

—¡Sí señor: el concurso de uñas! Tú estás confabulado con Waldi el Malo.

—¿Yo? ¿Con Waldi? —dijo Anton negándolo con la cabeza—. ¡No! Ni siquiera conozco a Waldi el Malo.

—¿No le conoces? —dijo Lumpi mirándole de reojo con desconfianza—. ¿No te ha encargado a ti Waldi el Malo que me dejaras fuera de competición antes del concurso de uñas para que gane él?

—¡No! —declaró Anton.

—¿No?

Lumpi vaciló y pareció reflexionar. De repente, de buenas a primeras, su cara se puso de un color rojo subido y aulló:

—Pues si no estás confabulado con Waldi el Malo es aún peor. ¡Entonces no podré hacer que descalifiquen a Waldi por soborno! Por tu culpa..., tú, tú...

Resopló violentamente por la nariz mientras buscaba un calificativo oportuno para Anton.

—¡Tú, candelabro, cabra loca, monstruo! ¡Cómo he podido ser tan tonto de hacer caso de tus estúpidos trucos! Ay, si hubiera escuchado a Jörg el Colérico... ¡Y a Leo el Valiente!... Pero espera y verás —añadió tras una pausa con voz de ultratumba—. Me las vas apagar...

—¿Que te..., te las voy a pa..., pagar? —tartamudeó Anton.

—Sí, me las vas a pagar... ¡y de qué manera! —tronó Lumpi—. Aún no sé cómo, pero... seguro que ya se me ocurrirá algo para ti. ¡Algo que no se te olvidará en toda tu..., je, je..., vida!

Anton estaba allí estremeciéndose como un álamo temblón y sintiendo que estaba a punto de desmayarse.

Pero de repente, como por milagro, Lumpi se apartó de él y dijo afónico:

—Pero ahora debo pensar primero en mí y salvar lo que aún se pueda salvar... Quizá si me la limo y me la dejo afilada, muy afilada...

Anton escuchó con atención lleno de miedo. «Afilar»... ¿Se referiría Lumpi únicamente a su uña rota?

—Sí, eso es lo que haré —murmuró Lumpi—: afilar y afilar una y otra vez. ¡Quizá todavía pueda ganar!

Con estas palabras, de forma totalmente inesperada para Anton, Lumpi echó a correr hacia la ventana y sin hacer caso de la vela encendida se lanzó al exterior.

La vela se cayó al suelo y se apagó.

Ahora la oscuridad volvía a ser absoluta en el interior de la bolera.

Durante varios minutos Anton se sintió como paralizado.

Luego, muy poco a poco, empezó a remitir su rigidez y con las rodillas temblorosas anduvo a tientas hasta la ventana. Se subió al alféizar, colocó sus piernas colgando hacia afuera y se dejó

escurrir cuidadosamente hasta el patio.

Ya fuera, se quedó parado y miró preocupado a su alrededor.

Sin embargo, no descubrió nada sospechoso y, por ello, hizo un par de tímidos movimientos de vuelo... y sintió aliviado cómo se elevaba.

Durante un rato Anton voló a la sombra de los árboles. Luego se atrevió a volar dejando la protección de los árboles y subiendo a más altura. Subió hasta que pudo reconocer debajo de él la estrecha franja de la carretera que unía el Valle de la Amargura con el Valle de la Alegría.

El Valle de la Amargura... La idea de que el pequeño vampiro quizá estuviera todavía esperándole con la *Crónica de la familia Von Schlotterstein* en la capilla del castillo, despertó en él una incómoda sensación y pensó si no debería ir a las ruinas del castillo a pesar de todo.

Sin embargo, el hecho de que el encuentro con Lumpi le hubiera afectado bastante a los nervios era un argumento en contra. Y Rüdiger no era un amigo que tuviera en consideración unos nervios afectados, pensó Anton. Así pues, siguió volando hacia el Valle de la Alegría.

Llegó a la fonda sin ningún incidente. La mayoría de las ventanas se hallaban a oscuras, pero en la sala de la televisión estaba la luz encendida. Seguro que la madre de Anton y la señora Virtuosa seguían hablando de libros «recomendables».

¡Y como había muchos más libros aburridos que interesantes, sin duda que las dos todavía tendrían suficiente tema de conversación!, pensó burlescamente Anton.

Dio la vuelta a la posada volando y aterrizó en el pequeño balcón de su habitación. La puerta del balcón sólo estaba entornada..., tal como Anton la había dejado. Entró y cerró la puerta. Luego se desnudó, escondió la capa en el armario y se fue a la cama.

# Problemas de peso

El día siguiente fue tan sumamente aburrido como Anton se había imaginado. Lo primero fue el desayuno con huevos y jamón.

Luego los padres de Anton se dispusieron a iniciar un recorrido por el Valle de la Alegría y Anton les siguió de mala gana. Después la señora Virtuosa sirvió una opípara comida, y el padre de Anton se lamentó:

—¡Si esto sigue así, voy a engordar por lo menos cuatro kilos!

A lo que Anton, con una risa irónica, contestó:

—¿Sólo cuatro?

A continuación sus padres se echaron la siesta. Anton se fue a su habitación a leer..., pero en seguida se le cerraron los ojos y se durmió.

Después de tomar café, con el que la señora Virtuosa sirvió una gigantesca tarta de cerezas que ella denominó «bomba succulenta del Valle de la Alegría», la madre de Anton se quejó:

—¡No hubiera debido coger pensión completa!

—¿Pensión completa? —dijo Anton riéndose burlescamente—. Pues a mí me parece que esto no está demasiado lleno. ¡Yo creo incluso que nosotros somos los únicos huéspedes! —Y añadió con alevosía—: Excepto los vampiros, naturalmente. ¡Pero quizá a ellos no se les pueda llamar huéspedes!

Sin embargo —cosa rara—, su madre no se enfadó en absoluto por su observación. En lugar de ello le miró desconfiada entrecerrando los ojos.

—¿Vampiros? —dijo ella—. ¿Cómo se te ocurre pensar precisamente ahora en vampiros?

Anton señaló con la cabeza la tarta de cerezas.

—Porque los vampiros no tienen problemas de peso... ¡Por eso!

Aquella vez su madre soltó un resoplido de furia e indignación... Y Anton sonrió satisfecho.

Para cenar, la señora Virtuosa volvió a poner patatas con huevos revueltos y jamón y — ¡naturalmente! — con cebolla, pero Anton fue el único que tenía apetito y comió.

—Mañana tenemos que organizar como sea un día activo —anunció la madre de Anton con un profundo suspiro.

—¿Un día activo? —repitió Anton (¡aquello había sonado auténticamente a amenaza!).

«¡Yo mejor me voy a organizar una noche activa!», se burló para sus adentros.

En voz alta dijo:

—Entonces será mejor que me vaya a mi habitación y descanse un poco para prepararme.

Se levantó, y antes de que su madre pudiera objetar algo —o incluso antes de que pudiera condenarle a jugar juntos una partida de «*captura el sombrero*»— él ya había abandonado el gran comedor de muebles pasados de moda.

Subió corriendo a su habitación y abrió la puerta del balcón. Fuera reinaba una extraña penumbra: ya no era de día, pero tampoco era aún de noche.

«¡En cualquier caso, sería una imprudencia salir ya volando desde el balcón!», pensó Anton mirando hacia abajo, al jardín. Le pareció más seguro despegar desde allí.

Volvió a entrar en la habitación y sacó del armario la capa de vampiro.

Luego cerró la puerta de la habitación desde fuera y se guardó la llave en el bolsillo de los pantalones.

Bajó las escaleras de puntillas y salió al jardín.

# Pánico

Sin hacer ruido, Anton fue por el camino enlosado y cubierto de musgo hasta el viejo y nudoso árbol bajo el que había montado su tienda de campaña. Despegaría desde allí..., ¡pero no antes de que se hubiera hecho completamente de noche! Y hasta que llegara ese momento iba a quedarse en su tienda de campaña.

Echó las ramas a un lado... y le sobrecogió una gélida visión: ¡Alguien había vuelto a abrir la cremallera que él había cerrado cuidadosamente por la tarde mientras daba un paseo por el jardín! Ahora la entrada de la tienda de campaña estaba abierta.

Anton notó que el corazón le latía como loco.

Si resultara que Tía Dorothee había descubierto su tienda de campaña, quizá le estuviera acechando por allí desde algún sitio...

¿O habría sido Lumpi?

En cualquier caso, Anton estaba amenazado.

Sin embargo, Anton se dio cuenta después de que aún había demasiada claridad... ¡y que era imposible que uno de los vampiros hubiera podido abrir la cremallera!

¿Habría sido acaso la señora Virtuosa? Anton recordó que antes de la cena la había visto salir al jardín con una gran cesta llena de ropa. Sí: *ella* había sido quien había abierto la cremallera... ¡Anton estaba completamente seguro!

¡De repente casi tuvo que reírse del pánico que había sentido al ver abierta la entrada de la tienda de campaña! Al parecer, el encuentro con Lumpi le había afectado a los nervios más de lo que él había creído.

¡Anton esperaba que aquella noche fuera algo menos agitada!

Se metió en la tienda de campaña.

Su saco de dormir estaba enrollado en una esquina, igual que como Anton lo había dejado... y tampoco había señal alguna de que alguien hubiera estado husmeando por allí dentro.

Realmente Anton tenía previsto desenrollar el saco de dormir y ponerse cómodo encima de él..., ya sólo por principio, pues, al fin y al cabo, el saco de dormir era un regalo de Navidad y los regalos están para utilizarlos.

Sin embargo, Anton se sentía tan intranquilo que prefirió echar a volar en seguida..., y además le pareció que ya había esperado lo suficiente.

Abandonó la tienda de campaña y cerró la cremallera.

Entretanto ya se había hecho casi de noche.

Palpitándole el corazón, se puso la capa de vampiro y sintió cómo un agradable cosquilleo se extendía por todo su cuerpo.

Y aquel cosquilleo aumentó todavía más cuando extendió los brazos, los movió arriba y abajo con fuerza y se elevó en el aire.

# Un recuerdo del Conde Drácula

Anton voló siguiendo el mismo recorrido que la noche anterior. Lo único fue que en aquella ocasión no aterrizó en el lindero del bosquecillo de abetos, sino que siguió volando hasta que vio ante sí las medio derruidas murallas exteriores del castillo en ruinas.

Súbitamente puso rumbo hacia un árbol que había cerca de la puerta principal del castillo y se escondió entre las ramas.

Anton se encontraba ahora apenas a un tiro de piedra de las ruinas del castillo y de sus atroces habitantes... Atroces, al menos, por lo que se refería a los parientes de Anna y de Rüdiger...

Sintió que de repente perdía el valor.

¡La idea de regresar a la posada de la señora Virtuosa antes de que le pudieran ver un par de agudos ojos de vampiro le fue invadiendo y atrayéndole, atrayéndole muchísimo!

Un par de agudos ojos de vampiro...

Mientras Anton miraba hacia las ruinas le pareció de pronto como si algo se hubiera movido junto a la puerta principal del castillo.

Su corazón estaba martilleando como loco.

No, no se había equivocado: ¡Allí había alguien!

Una gran figura con capa negra daba la vuelta con lentos pasos a la puerta principal del castillo: ¡Sin duda era un vampiro! ¿Estaría el vampiro esperando a alguien? ¿Estaría incluso —Anton le entraron escalofríos— esperándole a él?...

Lo único extraño era que el vampiro no miraba para nada a su alrededor. Observaba fijamente el suelo como si estuviera buscando huellas... ¿Buscaría acaso... huellas humanas?

Anton oyó entonces unos pasos que se arrastraban, acompañados de un sonido traqueteante, y luego vio a un segundo vampiro más pequeño que, apoyado en un bastón, se aproximaba desde el salvaje jardín del castillo en ruinas.

Cuando el vampiro del bastón ya casi había llegado a la puerta principal, exclamó con una voz alta y fina:

—¿Lo has encontrado, Wilhelm?

¿Se referiría a él? A Anton se le heló la sangre en las venas.

—No —contestó con voz apagada el vampiro grande—. Todavía no.

Seguro que aquél era Wilhelm el Tétrico, el abuelo de Anna, Rüdiger y Lumpi.

El pequeño vampiro le había contado de él que siempre estaba muy hambriento...

—¡Entonces deja ya de buscar! —dijo el vampiro del bastón.

¿Sería Sabine la Horrible? A Anton le entraron temblores al recordar que la había visto yaciendo en el ataúd... con la *Crónica de la familia Von Schlotterstein*, una muletilla, un bolso, unos guantes y unas zapatillas a su lado. Sonreía en mitad del sueño y Anton había visto sus blanquísimos y afiladísimos dientes de vampiro...

—¡Pero si tengo que haberlo perdido por aquí! —repuso Wilhelm.

Anton aguzó el oído. «¿Perdido?»

Entonces..., entonces el vampiro grande no le estaba buscando a él...

—¡Pero si lo que estás haciendo no es más que perder el tiempo! —dijo el vampiro más pequeño.

—¿Perder el tiempo? —bufó Wilhelm—. ¿Llamas tú perder el tiempo a intentar recuperar mi gemelo de plata, que me lo regaló el Conde Drácula en persona?

—Al Conde Drácula le daría absolutamente igual que lo hayas perdido o que no —contestó el vampiro más pequeño.

—¡Pero a mí sí que no me da igual! —dijo Wilhelm—. El gemelo es el único recuerdo que tengo de él. —Y en un tono cargado de reproches añadió—: Los otros recuerdos los tienes *tú* a buen recaudo en *tu* ataúd: ¡las zapatillas de terciopelo negro que tanto le gustaban al Conde Drácula, el cubierto de perlas y los guantes de su... tan temprana y tristemente extinguida Carmelia, Condesa de Drácula!



—¡Porque conmigo es donde están más seguros! —repuso muy dignamente Sabine la Horrible—. Al fin y al cabo, en nuestra familia yo soy uno de los vampiros más viejos, más experimentados y más perspicaces.

—Pues a mí no me parece de especial perspicacia que le permitas a Rüdiger leer nuestra *Crónica de los Von Schlotterstein* —gruñó Wilhelm.

—¡No entiendes nada! —repuso Sabine la Horrible—. Habida cuenta de las amenazas que caen sobre nuestra estirpe, todo Von Schlotterstein debe estar al corriente de la larga y honorable historia de nuestra familia.

—Pero Rüdiger precisamente... —dijo Wilhelm expresando sus dudas.

—¡Sí, precisamente Rüdiger! —contestó Sabine la Horrible enarbolando su bastón para reforzar sus palabras—. Él se ha decidido a volverse maduro y sabio como un vampiro adulto: ésas fueron sus propias palabras... ¡Ay, si Anna hiciera también por fin otro tanto! —suspiró—. Y además —continuó diciendo en voz más alta—: ¡nuestro Rüdiger se está tomando muy en serio su tarea! He estado en la capilla del castillo y me he convencido de que estudia con ahínco y concienzudamente. Imagínate: ¡Ya ha llegado a la edad de trece años para un vampiro!

—¿De verdad? —dijo Wilhelm... no muy impresionado, según le pareció a Anton.

—¡Sí, trece! —volvió a decir Sabine la Horrible—. Y ahora me marcho volando. Mi estómago —se rio irónicamente— ya está gruñendo mucho.

Dicho aquello hizo desaparecer su bastón bajo la capa, hizo un par de movimientos con los brazos y salió volando.

—¡Pero espérame! ¡Voy contigo! —exclamó Wilhelm—. Mañana seguiré buscando.

Anton respiró aliviado cuando vio a los dos marcharse de allí volando.

Aún esperó un momento.

Sin embargo, todo seguía en calma.

Entonces se elevó con cuidado en el aire, sobrevoló la puerta principal del castillo y aterrizó en el jardín de las ruinas..., junto a un par de matorrales de mediana altura.

# Más solo que la una

Anton podía ver desde allí la luz que caía sobre el patio a través de las angostas y enrejadas ventanas de la capilla del castillo. «¡Espero que Rüdiger esté solo!», pensó angustiado.

Anton sintió un gélido estremecimiento al pensar que en la capilla podían estar también otros parientes del pequeño vampiro —Tía Dorothee, por ejemplo, o Hildegard la Sedienta— para convencerse de la dedicación de Rüdiger.

Se dirigió vacilante hacia las iluminadas ventanas volviéndose preocupado a mirar una y otra vez. Sobre todo no quitaba ojo a la torre del castillo, pues Anna le había contado que la azotea de la torre era la pista de aterrizaje y despegue preferida de los vampiros.

Anton oyó un aleteo en el aire y casi se le para el corazón del susto, pero luego se dio cuenta de que sólo era un pájaro.

Sin embargo, su corazón latía en aquel momento de una forma completamente arrítmica... y en los últimos pasos antes de llegar a la capilla del castillo las piernas se le fueron volviendo cada vez más pesadas.

Por fin llegó a la capilla.

Anton se puso de puntillas para poder atisbar el interior... y estuvo a punto de pegar un grito de alegría y de alivio: el pequeño vampiro estaba sentado ante el atril más solo que la una, con la cabeza sujeta entre las manos, leyendo la *Crónica de la familia Von Schlotterstein*.

En el atril había cuatro grandes velas blancas encendidas y, al igual que ocurriera dos días antes, cuando vio por primera vez al pequeño vampiro leyendo la *Crónica*, la capilla se encontraba iluminada por otras veinte velas o más que estaban en el suelo, en los nichos de las paredes o en los salientes de los muros. Una auténtica iluminación de ceremonia que para Anton tenía una gran ventaja: podía ver cualquier rincón de la capilla y convencerse de esa manera de que Rüdiger estaba realmente solo.

Anton respiró aliviado.

Se dirigió sin hacer ruido hacia la puerta de entrada de la capilla y tiró hacia abajo del oxidado picaporte.

La pesada puerta chapada en hierro se abrió con un estremecedor chirrido.

Antes de que pudiera advertirlo alguno de los parientes del pequeño vampiro que quizá estuviera todavía revoloteando cerca del castillo en ruinas, Anton entró apresuradamente cerrando la puerta tras sí.

Le vino una vaharada de un olor extraño y agrio: una aturdidora mezcla de olor a vela y podredumbre.

Anton tuvo que toser y así su «¡Hola, Rüdiger!», que él había querido pronunciar en tono amistoso, sonó más bien a molesto.

# ¡Déjame en paz!

Sin embargo, hubiera sonado como hubiera sonado, el pequeño vampiro ni siquiera levantó la cabeza. Permaneció inclinado sobre la *Crónica* y ni el más mínimo movimiento indicaba que se hubiera dado cuenta siquiera de que estaba allí Anton.

Anton dio un par de pasos cautelosos hacia el interior de la capilla.

¿Estaría Rüdiger acaso... enfermo?

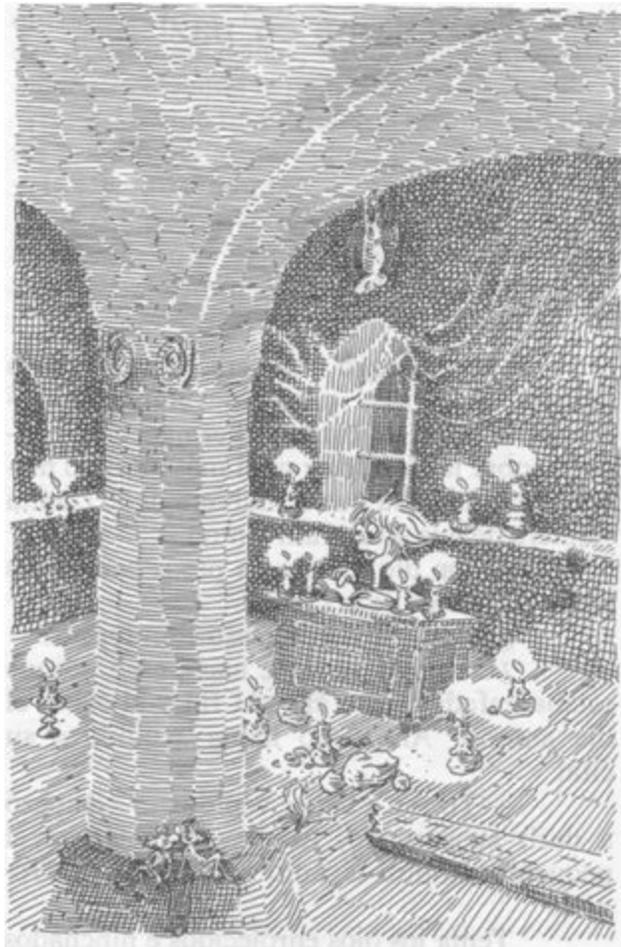
¿O sería que no le hacía caso porque estaba enfadado con él? ¡Al fin y al cabo, el día anterior Anton no había acudido a su cita!

—Yo iba a haber venido... —empezó a decir acobardado, Anton... y entonces el pequeño vampiro levantó la vista de la *Crónica*.

Tenía los ojos enrojecidos e hinchados y en el rabillo le brillaban las lágrimas.

—¡Vete! —dijo con una voz que parecía carecer de toda chispa de vida—. ¡Vete y déjame en paz!

—Pero... —dijo Anton tragando saliva—. Nosotros..., ¡nosotros somos amigos! Yo... ¿No puedo ayudarte?



—¿Ayudarme? —repitió apático el vampiro—. Nadie me puede ayudar; nadie excepto...  
Se interrumpió bruscamente.

—¡Oh, Olga! —exclamó después, y sus sollozos se volvieron tan fuertes que Anton retrocedió asustado hasta la puerta.

—¿Qué pasa con Olga? —preguntó con aprensión Anton.

—¡Oh, aquella atroz noche en Transilvania! —contestó el pequeño vampiro invadido por el dolor—. ¡Lo que tuvo que pasar Olga! ¡Cómo tuvo que temblar!

—¿La noche en Transilvania? —repitió Anton.

¿Era posible que la aflicción de Rüdiger tuviera que ver con un suceso que había leído en la *Crónica de la familia Von Schlotterstein*?

—¡Ay, si yo pudiera decirle la pena que ella me da! —se lamentó el pequeño vampiro—. ¡De todo esto yo no sabía absolutamente nada!

—¿Saber? —dijo Anton—. ¿El qué?

El pequeño vampiro rompió en sollozos de nuevo y buscó un pañuelo debajo de su capa. Al final sacó un trozo de tela gris salpicado de manchas en el que se sonó largamente y a fondo.

—El terrible suceso del sótano del castillo —explicó con voz ronca—. El shock que Olga sufrió aquella horrible noche.

Se limpió con detenimiento la nariz.

Finalmente dijo haciendo esfuerzos por controlarse:

—Pero quizá no sea tan malo que hayas venido tú hoy, Anton. ¡Ahora por lo menos tengo a alguien con quien compartir mis penas!

—¿Compartir tus penas? —preguntó receloso Anton.

—¡Sí!

El vampiro se sorbió la nariz otra vez y luego, con la voz completamente cambiada de repente y animada, preguntó:

—Las penas compartidas son menos penas, ¿no se dice así?

—Hum..., puede ser —murmuró Anton.

—¡Pues entonces, anda, ven! —Y como Anton titubeaba, exclamó impaciente—: ¿Qué pasa? ¿A qué estás esperando?

Anton se acercó al atril con una gran desazón, pues no sabía de qué manera quería el vampiro «compartir sus penas con él»...

Sin embargo, Rüdiger parecía estar pensando única y exclusivamente en la *Crónica de la familia Von Schlotterstein*.

En cuanto Anton llegó al viejo atril, le dijo con voz ronca:

—¡Siéntate! Ahora vas a saber qué es lo que ocurrió aquella horrorosa noche en el sótano del castillo de Olga.

¿Sentarse? Anton miró a su alrededor. En la capilla del castillo seguía habiendo sólo una única silla y en ella estaba sentado como en un trono Rüdiger.

Anton tenía dos opciones: o quedarse de pie, o conformarse con una piedra. Se decidió por la misma piedra grande sobre la que se había acuclillado dos días antes y que era algo menos picuda que las demás.

—¡Empecemos!

El pequeño vampiro carraspeó y comenzó con voz ronca:

«La *Crónica* no es cualquier cosa,  
ponte serio y concentrado,  
tira todo el lastre a un lado  
y ábrete como una fosa.»

Cuando terminó miró agudamente a Anton.

—¿Estás serio y concentrado? —preguntó.

—¡Sss..., sí! —tartamudeó Anton, al que le corrió un sudor frío por la espalda cuando oyó lo de «ábrete como una fosa».

—¡Bien!

El pequeño vampiro pasó sus largos dedos por el fino y amarillento papel de la crónica familiar, volvió a carraspear y empezó a leer:

# El horror del sótano del castillo

«Ay, ojalá pudiera ahorrarme el informar de lo que tuve que oír por boca de la tan digna de compasión señorita Olga von Seifenschwein.» Mi pluma tiembla y se resiste a recoger aquí, en la crónica, los horribles sucesos de aquel 27 de marzo del año trescientos cincuenta y ocho de la era vampiresca. Pero tengo que hacerlo. Por las futuras generaciones no debo silenciar aquello para lo que deben estar prevenidas... Así, pues, sabed lo que nuestra señorita Olga von Seifenschwein fue capaz de contar sobre aquella —¡ay!— noche tan trágica.

»Blasius von Seifenschwein se despertó de buen humor en su ataúd y, como era su costumbre, se aproximó, silbando una cancioncilla, al ataúd de su bienamada Thusnelda von Seifenschwein-Thunichtguth y abrió por ella la tapa de su ataúd, pues Thusnelda descansaba en el más valioso, más grande y, por tanto, más pesado ataúd de su —¡ay!— famosísima colección.

»Thusnelda, nada más despertarse, abandonó su ataúd y con livianos pasos se dirigió a su contiguo vestidor para elegir allí entre su —¡oh!— igualmente famoso vestuario un vestido para aquella noche.

»Blasius von Seifenschwein, por el contrario, acudió al ataúd de su hija, la encantadora Olga, objeto de las más maravillosas esperanzas...»

Cuando el pequeño vampiro llegó a aquel punto de la historia le falló la voz. Sacó el sucio trocito de tela y tuvo que sonarse varias veces antes de poder seguir leyendo:

«... quien, esperando ya su cautelosa llamada, yacía en su ataúd infantil, que —pequeño y delicado— estaba todo revestido por dentro de terciopelo blanco, bordado con el blasón de los Von Seifenschwein.

»Blasius —una delicia de padre: tierno y deferente—, que estaba ya a punto de despertar a su supuestamente envuelta en maravillosos sueños Olga, vaciló y decidió concederle un poco más de reposo.

»¡En su lugar, tiró del cordón de la campanilla para indicar a sus sirvientes que había llegado el momento de tomar un primer refrigerio!

»Como todos los Von Seifenschwein, Blasius concedía gran importancia al confort y a la comodidad y, por tanto, había en su castillo una multitud de personal de servicio para cuidar del bienestar material de la familia: gente sencilla de las montañas, de las que Blasius suponía que era digna de confianza y que le sería fiel por cuanto él remuneraba en abundancia e incluso principescamente sus servicios... Pero... ¡ay!... ¡qué terrible y funesto error!»

El pequeño vampiro hizo una pausa.

Las comisuras de los labios le temblaban como si fuera a prorrumpir en lágrimas.

Anton hubiera querido consolarle, pero no supo cómo hacerlo, así que esperó hasta que Rüdiger se repuso un poco y con voz débil y afónica continuó:

«Después de tocar la campanilla —¡oh, me tiembla la pluma!— Blasius se puso su capa de seda de color rojo escarlata y se roció el cabello con una esencia de olor penetrante, como hacía siempre antes de la cena.

»—Thusnelda, ¿estás lista? —preguntó en voz alta a su esposa—. ¡La servidumbre llegará inmediatamente!

»—Sí, ya voy —contestó Thusnelda desde el vestidor.

»¡Oh, pobres!

»¡¡Aún sería posible huir!! ¡¡Ahora, ahora, en seguida!!

»Pero Blasius y Thusnelda no saben lo que ha ocurrido: los infieles servidores se han escapado; se han ido, se han ido todos...

»Y ahora hay gente extraña en el castillo: hombres con antorchas y estac... —¡no!, mi pluma se niega a escribir la palabra.

»¡Oh, Blasius! ¡Oh, Thusnelda! Ellos, en su ignorancia, piensan que son sus sirvientes los que están allí golpeando la pesada puerta del sótano...

»¡Ay, mi pluma se resiste a escribir lo más terrorífico de aquella noche! «Blasius va hacia la puerta, descorre el cerrojo... y se encuentra con extraños ante él. ¡Sacudiendo sus antorchas, exclamando y gritando, irrumpen dentro, cogen cautivos a Thusnelda y a él y los sacan, como prisioneros, de su propio castillo!

»Y Olga —la delicada y sensible Olga— ha escuchado todo desde el interior de su ataúd...»

El pequeño vampiro suspiró profundamente.

«La mitad de la noche confió desesperada en el regreso de sus padres... En vano. Entonces subió despacio y sin hacer ruido al castillo... ¡Oh, qué horrible visión!: Hechos pedazos los antiguos muebles, hecha añicos la porcelana, hechos astillas los ataúdes, coleccionados durante décadas, reunidos de todas las partes del mundo...

»Sólo el ataúd plegable —esa extraordinaria pero poco llamativa pieza— está todavía en un rincón de la biblioteca, sin haber sido descubierto por los asesinos...

»Olga coge el ataúd plegable y temblando de miedo y preocupación —¡ay, la pobre criatura, digna de compasión!— abandona el castillo justo a tiempo, pues apenas ha alcanzado campo abierto ve cómo el castillo —su querido castillo Seifenschwein— es pasto de las llamas...»

## Sometido a duras pruebas

El pequeño vampiro soltó un sollozo desesperado y cerró la *Crónica de la familia Von Schlotterstein...*, con tanta fuerza que se formó una nube de polvo detrás de la cual Anton sólo le pudo entrever vagamente. Anton estaba perplejo y desconcertado. El informe sobre los sucesos ocurridos en el sótano del castillo le había conmovido profundamente.

¡No era sorprendente que Olga se hubiera vuelto algo egoísta después de todo lo que había tenido que pasar!

Él ya se había enterado por Anna de que los cazadores de vampiros habían irrumpido en el castillo de los padres de Olga..., pero Anna le había quitado tanta importancia en su relato que Anton había considerado la historia más bien como una divertida anécdota... y no como una terrorífica realidad.

—¡Pobre Olga! —dijo.

El pequeño vampiro no contestó, sino que sollozó en alto. A través de la nube de polvo, que poco a poco empezaba a aclararse, Anton vio que había apoyado los brazos sobre la *Crónica* y había enterrado la cabeza entre las manos.



—¿No deberíamos hablar de ello? —preguntó cautelosamente Anton.

—¿Hablar? ¿Para qué? —llegó amortiguada la respuesta.

—Mi madre siempre dice que así se alivia el corazón.

—¿Que se alivia el corazón?

El vampiro levantó la vista por primera vez.

—Nada puede aliviar mi corazón. Nada ni nadie... ¡Excepto Olga!

—Pero un *poquito* mejor sí que te encuentras, ¿no? —preguntó Anton.

—¡No! —gruñó el vampiro—. Ni un poquito.

—Pues ya no pareces tan...

Anton buscó la palabra más apropiada. Pensó en la *Crónica de la familia Von Schlotterstein* y en el ampuloso tono en el que estaba redactada.

Reprimiendo una risa burlona dijo:

—Ya no pareces tan... ¡sometido a duras pruebas!

—¿Sometido a duras pruebas? —repitió el pequeño vampiro, que a todas luces se sentía halagado—. Sí, eso es cierto —opinó—, cada sufrimiento es una prueba.

Contrajo pensativo las cejas y preguntó:

—Pero cuando haya superado la prueba, ¿qué pasará?

Anton hizo un significativo ademán.

—¡Entonces serás recompensado!

—Recompensado... ¡Pero lo que yo quiero no es ser recompensado! —dijo téticamente el vampiro después de una pausa—. Excepto...

—¿Excepto qué?

—¡Excepto si la recompensa es que regrese Olga!

—Pero eso sólo lo puede decidir la propia Olga —repuso Anton.

El pequeño vampiro le lanzó una mirada sombría.

—¡Ya lo sabía yo! —gruñó—. Hablar era completamente inútil. No ha servido para nada; absolutamente para nada.

—Oh, sí, sí que ha servido para algo —contestó entonces una voz clara.

Procedía de la puerta de la capilla y era la de... ¡Anna!

—Para lo que ha servido es para que os oyera y haya entrado —dijo Anna riéndose irónicamente y satisfecha.

—¿Por qué estás fisgando por ahí fuera espiando a la gente? —le espetó de forma desabrida el pequeño vampiro.

—Yo no estaba fisgando por ahí —repuso Anna—, y tampoco os he estado espiando —dirigiéndose a Anton añadió suavemente—: ¡Llevo toda la noche buscándote!

—¿A mí? —dijo apocado.

—¡Sí! Tengo una sorpresa para ti.

—¿Lina sorpresa?

—¡Sí! Si te vienes conmigo ahora, te la enseñaré.

—¿Que me vaya contigo? —preguntó inseguro Anton.

—¡Anda, vete! —gruñó el pequeño vampiro—. Después de todo, todavía tengo cosas que hacer —acarició casi con ternura las tapas doradas de la *Crónica*—. Quiero averiguar cómo se llama el primo que Olga tiene en París.

—¿Cómo... se llama el primo? —repitió Anna.

—¡Efectivamente! —confirmó el pequeño vampiro—. Anton fue quien me habló de él. Y él lo sabe por Olga. Ella se lo confió personalmente a Anton antes de su... su... partida.

—¡Sí, es verdad! —dijo apresuradamente Anton haciéndole a Anna un gesto de súplica—. Pero ahora tenemos que irnos. Yo ya estoy muy impaciente por ver la sorpresa.

Anna sonrió... ¡Era evidente que lo había comprendido!

Ella se dirigió hacia la puerta y Anton la siguió.

—¡Espera! —vociferó entonces el pequeño vampiro.

—¿Sí?

Anton se detuvo sobresaltado.

—¿Tienes idea de si ese primo vive todavía con sus padres?

—No.

Anton se había puesto colorado.

—Yo..., yo te dije todo lo que sabía.

—¡Pues no era mucho precisamente lo que sabías! —gruñó el vampiro—. Bueno, anda, puedes irte.

—¡Y tú no eres precisamente muy amable con tu mejor amigo! —le increpó Anna.

Luego, cuando salieron, ella cerró de golpe la puerta de la capilla.

# La era vampiresca

—Lo del primo de París se me había olvidado completamente —se disculpó Anna ya fuera de la capilla—. Pero no ha servido de mucho que te inventaras cuando Olga se marchó la historia del primo... —Ella suspiró—. Desde que Rüdiger lee todas las noches la *Crónica* se ha vuelto a despertar en él la nostalgia por Olga. El informe sobre los cazadores de vampiros seguro que se lo ha leído ya cien veces. Al final acaba siempre por los suelos lamentándose de haber sido injusto con Olga y diciendo que tiene que hablar con ella como sea para aclarar las cosas.

—¿Y qué es lo que quiere aclarar? —preguntó Anton.

Anna se encogió de hombros.

—Ni idea. Si me lo preguntas a mí, yo diría que sería Olga la que tendría algunas cosas que aclarar.

—¡Eso sí que es verdad!

Con un suspiro, Anton se acordó de cómo había quedado la sala de estar de sus padres después de la Noche Transilvana de Olga.

—Y además... ¡lo de los cazadores de vampiros ocurrió hace más de cien años! —explicó Anna—. Después de tanto tiempo ya era para que se fuera recuperando poco a poco de ello —resopló indignada, antes de continuar—: Pero Olga sigue aprovechándose de esa historia para despertar compasión en los demás vampiros y utilizarlos en su favor y en favor de sus intereses.

Anton había escuchado atentamente sin decir nada.

Entonces preguntó:

—¿De eso hace ya más de cien años?

Anna asintió con la cabeza.

—¿Qué... qué significa realmente era vampiresca?

—¿Era vampiresca? —Anna puso cara seria—. Nuestra cronología empieza en el año 1476. En aquella fecha nuestro primer antepasado, el Conde Drácula, perdió la vida de una forma terrible.

—El Conde Drácula... —murmuró Anton sintiendo un escalofrío.

—¡Bueno, y ahora vámonos a las ruinas! —dijo Anna volviendo a sonreír—. Tú seguro que estás deseando ver la sorpresa.

Anton titubeó.

—¿De qué se trata?

Ella se rio irónicamente.

—Una sorpresa es una sorpresa.

—¿Y tenemos que ir precisamente a las ruinas del castillo?

—Si quieres ver la sorpresa, sí...

—Yo... —dijo vacilante Anton.

# Amor verdadero

—¿Y tus parientes? —preguntó después de una pausa—. ¿Dónde están?

Anna se rio.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¡Sí!

—Mis padres están en Larga-Amargura, mis abuelos en Corta-Amargura, Lumpi se ha ido con sus amigos...

—¿Y Tía Dorothee?

—¿Tía Dorothee? ¡Se ha ido volando a la ciudad, a nuestra vieja Cripta Schlotterstein!

—¿A vuestra antigua cripta? —dijo sorprendido Anton.

—¡Sí! Está haciendo su vuelo de control de todas las semanas.

—¿Vuelo de control? ¿Y qué es lo que controla?

—Oh..., pues mira a ver si se han terminado las repulsivas obras en el cementerio..., para ver si nos podemos instalar ya de una vez en nuestra ancestral cripta.

—Vaya... —murmuró Anton.

—¿O crees que nos íbamos a quedar en este abandonado Valle de la Amargura hasta el fin de nuestras noches? ¡No! Nosotros no nos dejamos avasallar. ¡Y mucho menos por un Geiermeier o un Schnuppermaul!

Y además —continuó— nosotros no soportamos la humedad que hay en el castillo en ruinas..., por motivos de salud.

—¿Por motivos de salud?

—¡Sí! ¡Tos, constipados, lumbago! —Anna soltó una tosecilla—. ¡Pero ahora quizá ya dentro de un par de semanas o meses podamos regresar a nuestra vieja Cripta Schlotterstein! Y entonces por fin te podré volver a visitar siempre que quiera. —Ella suspiró profundamente—. ¡Para mí la espera no es tan dura! —añadió—. Pero ¿y para ti?

—¿Para mí? Yo también puedo esperar —contestó Anton con voz bronca.

—¡Ay, Anton!

Anna le miró con los ojos muy abiertos y brillantes... y con tanta ternura que él se puso nerviosísimo.

—¡Realmente a nosotros dos nos pasa lo mismo que a Tía Dorothee y Tío Theodor!

—¿Lo mismo que a Tía Dorothee y Tío Theodor? —dijo Anton—. Eso no lo entiendo...

—¡Oh, sí! —contestó Anna riéndose bajito—. Si ya te lo he contado...: lo del amor verdadero que nunca acaba y sobrevive a cualquier separación.

Anton sintió que se le ponía la cara roja como un tomate. Rápidamente se dio la vuelta.

—¿La sorpresa... —preguntó— está en... el salón de las fiestas?

—¿En el salón de las fiestas? —Anna sonrió pícaramente—. Las sorpresas siempre están muy bien escondidas.

—¿Muy bien escondidas?

«¡Ojalá no sea en el sótano del castillo!», pensó Anton. Se estremeció al recordar cómo había

descubierto en la cripta del sótano los ocho ataúdes de los vampiros y cómo luego se le había caído de las manos la linterna y se había apagado...

—¡Venga, vamos! —dijo Anna.

Salió de la sombra de la capilla y con pasos rápidos avanzó hacia la entrada del castillo en ruinas.

# Toda de blanco

Anton vio cómo Anna abría la puerta de entrada y desaparecía en el interior del castillo en ruinas. De repente se había quedado solo en el patio del castillo.

Echó a correr rápidamente hacia el portal. La puerta sólo estaba entornada y produjo un profundo chirrido cuando Anton la abrió. Palpitándole el corazón entró y volvió a cerrar la puerta.

—¿Anna? —preguntó en medio de la oscuridad.

No hubo respuesta.

—Anna, ¿estás aquí? —volvió a preguntar notando que su voz sonaba muy temblorosa... y extrañamente ajena en el alto vestíbulo.

Buscó a tientas su linterna en el bolsillo del pantalón. ¿Debería atreverse a encenderla?

Anton se quedó indeciso hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad lo suficiente como para distinguir la derruida escalera de madera que antiguamente conducía al piso superior, las tres puertas desvencijadas por las que se llegaba al interior del castillo en ruinas... y el negro y vacío agujero del sótano...

No consiguió descubrir a Anna.

¿Habría bajado acaso al sótano? De repente se echó a temblar y entonces sí que sacó la linterna. La encendió y enfocó hacia el escalón superior, pero los pies de Anna no podían haber dejado ninguna huella en la gruesa capa de piedras, pedazos de vidrio y madera hecha astillas...

Tan sólo seguía allí el ancho rastro que Anton había descubierto cuando estuvo en este lugar con su padre y que lo había dejado un... ataúd de vampiro.

Anton, involuntariamente, se estremeció.

No, no tenía la menor gana de volver a seguir aquel rastro como lo había hecho tres días antes: bajando los escurridizos escalones, atravesando el estrecho y húmedo corredor del sótano hasta llegar a la abertura del muro por la cual, una vez quitadas las piedras, se entraba en el pasillo secreto, que finalizaba en una puerta carcomida, tras la que los vampiros habían escondido sus ataúdes...

En caso de que Anton, por algún motivo, *tuviera* que volver a bajar allí... ¡sólo lo haría acompañado!

—¿Anna? —preguntó por tercera vez... y ahora respondió una clara risita.

Se abrió la puerta de la izquierda... y Anton distinguió una figura de blanco.

Pegó un grito y luego, con la mano temblorosa, enfocó el haz luminoso de su linterna hacia la blanca figura.

—¡Eh, que me estás deslumbrando! —exclamó la figura... y entonces Anton comprendió que la figura de blanco no era ningún fantasma, sino que era... ¡Anna!

—¡Qué susto me has dado! —dijo él.

—¿Un susto?

La voz de ella sonó dolida.

—Yo... —Anton tosió—. Yo no podía saber que eras tú.

—¿Que no podías saber que era yo? —repitió Anna. Resopló indignada y luego, con voz

ofendida, dijo—: Quizá esperabas que fuera Olga.

—¿Esperar que fuera Olga?

¡Ahora era Anton quien se sentía insultado!

—¡Yo no soy Rüdiger! —contestó muy digno.

Anna se rio irónicamente...; era evidente que ya no estaba enfadada.

—Bueno, ¿qué? —preguntó ella—. ¿Te gusto?

—Sss... sí —dijo apocado Anton.

—¡Me refiero a mi vestido! ¿Crees que me queda bien?

—¿Tu vestido?

Anton observó el vestido, que era de encaje blanco y tenía muchísimo polvo. Antiguamente tuvo que ser muy elegante..., antes de que las polillas lo hubieran encontrado y se lo hubieran comido dejando agujeros.



Pero lo que a Anton le molestaba no eran sólo los numerosos agujeros...: el traje era demasiado grande para Anna. El dobladillo arrastraba por el suelo y las mangas, con sus adornos de encaje, le llegaban a Anna hasta la punta de los dedos.

Y también le quedaba muy ancho.

Aunque Anna había intentado hacer que el vestido le quedara bien dándole vueltas al ancho cinturón alrededor de su talle..., eso lo único que conseguía era dar una impresión aún más ridícula. No, no le quedaba nada bien. ¡Anton la encontraba horrible con aquel viejo trapo!

Sin embargo, eso no se lo podía decir de ninguna de las maneras, así que, desviando la

atención, preguntó:

—¿La sorpresa era el vestido?

—Sí y no... —contestó misteriosamente—. Sólo es una de las partes.

—¿Sólo una de las partes?

—¡Sí! Hay que juntar dos partes... ¡Sólo entonces estará completa la sorpresa! —declaró

Anna.

Posiblemente la segunda parte era un sombrero. «¿Será un sombrero igual de horrible? —pensó Anton—. ¿O quizá un viejo abrigo devorado por la polilla?»

Anna se rio irónicamente como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—¡Vámonos, Anton! —dijo—. Así verás la otra parte.

—Y... ¿dónde está?

—Tú sígueme.

Ella se dio la vuelta (lo cual no era nada fácil con aquel largo dobladillo que arrastraba) y volvió a abrir la misma puerta por la que había entrado antes.

A Anton le hubiera gustado saber adónde iba a llevarle, pero intuyó que no revelárselo formaba parte de su sorpresa.

Con una sensación muy poco agradable entró tras Anna en un tenebroso pasillo que olía a moho.

# Un vestido muy especial

—La linterna... —dijo Anton examinando preocupado el suelo atestado de escombros—, ¿puedo dejarla encendida?

—¡Por supuesto! —contestó Anna, que se pavoneaba ante Anton con el vestido alzado—. Ya te he dicho que todos mis parientes se han ido. Y además —se rio ella mordaz— sin la linterna no podrías ver bien mi vestido, y eso sería una pena.

«¿Una pena? ¡Más bien todo lo contrario!», pensó Anton. Si Anna siempre fuera por ahí tan..., tan acicalada, ¡él probablemente nunca se habría hecho amigo de ella!

—Y tampoco podrías ver *tu* sorpresa —añadió ella con satisfacción.

—¿*Mi* sorpresa? —dijo perplejo Anton.

O sea, que la otra parte no era un sombrero ni un abrigo para Anna, sino algo para él, para Anton...

—¡Podías darme alguna pista! —exclamó intranquilo.

—¿Una pista? Bueno..., tú mira bien mi vestido...

—¡Ya lo veo!

—¿No te das cuenta de que es un vestido muy especial?

«¡Sí, es un vestido especialmente espantoso!», pensó Anton, pero prefirió no decirlo.

Así que repitió simplemente:

—¿Un vestido muy especial?

—¡Ya lo creo! —dijo Anna—. Pero si no te das cuenta tú mismo...

—¡Es que yo soy duro de mollera! —gruñó Anton.

—Se podría decir que sí lo eres —confirmó Anna carcajeándose burlona.

Anton apretó los labios enfadado.

Sin decir ni palabra siguió a Anna por el pasillo, que parecía que no iba a acabarse nunca. Aquella parte del castillo en ruinas todavía estaba sorprendentemente bien conservada. Incluso había restos de un amarillento tapiz en las paredes.

Por último llegaron a una escalera de madera que parecía estar tan podrida y quebradiza que a Anton le sorprendió que pudieran llegar abajo sanos y salvos. Se encontraba ahora en una habitación de techo abovedado y barrotes de hierro en las ventanas, que estaban oxidados y medio carcomidos.

—¡Seguro que esto es la mazmorra del castillo! —dijo Anton con voz ronca.

—No, es la cocina —contestó Anna.

—¿Que esto es la cocina? —se sorprendió Anton.

—Lo *era* —precisó Anna—. Pero ahora tenemos que seguir.

Ella cruzó la gran habitación y abrió una puerta baja que colgaba de sus goznes.

Anton la siguió por un estrecho pasillo en el que el olor a podredumbre era casi insoportable.

También aquel pasillo parecía no terminarse nunca.

Anton hacía ya mucho tiempo que había perdido la orientación, pero Anna siguió perseverante su camino... hasta que se detuvo ante una sencilla puerta fabricada solamente con toscos tablones.

—¡Detrás de esta puerta está la otra parte de la sorpresa! —explicó ella.

—¿Detrás de la puerta?

—¡Sí! ¿No vas a abrirla?

—¿Yo?

Anton no sentía ningún deseo de ver la sorpresa...

—¡Bueno, ábrela ya! —le urgió Anna.

Anton empujó Vacilante la puerta de tablones... y se sorprendió al abrirse hacia dentro sin ningún esfuerzo y sin chirriar ni rechinar.

Vio una tenebrosa habitación de la que salía un olor extraño... No olía a moho o a podredumbre, sino a aromas y fragancias exactamente iguales que los del gran armario ropero de su abuela.

Y, efectivamente, a la derecha, en la esquina, Anton descubrió entonces un armario negro y junto a él un gran baúl también negro...

Mientras enfocaba hacia allí la luz de su linterna, sintió que Anna le empujaba suavemente hacia el interior de la habitación, y oyó luego que cerraba la puerta.

—El armario... —preguntó angustiado—, ¿está dentro la sorpresa?

—Quizá... —contestó Anna—. Pero ¿por qué no lo compruebas tú mismo?

Anton se acercó vacilante al armario.

Antiguamente debió haber sido un bello mueble: tenía un gran espejo oval encajado en la madera. Pero ahora el espejo estaba completamente negro.

Anton tiró con cuidado del oxidado agarrador de la puerta..., que también se abrió fácilmente como si alguien hubiera engrasado las bisagras.

Dentro del armario sólo había un traje colgado: un frac negro con unos oblicuos... —Anton no se acordaba de la palabra. ¿Se decía «faldones»?— y un chaleco blanco ligeramente sucio.

—¡Qué bonito es, ¿verdad?! —oyó que decía la voz de Anna—. ¡Seguro que te queda bien!

—¿A mí?

De repente Anton entendió qué era lo que había querido decir con sus secretitos de que eran «dos partes que tenían que ir juntas»: el vestido de ella y aquel traje formaban un conjunto. Habían sido confeccionados para una pareja; probablemente incluso... ¡para una pareja de novios!

# La otra parte

—Yo... ¡no creo que el traje me valga! —dijo Anton con voz ronca.

—¿No? —Anna puso cara de perplejidad—. Pero si a mí el vestido sí que me vale...

Ella se miró durante unos instantes. Su cara enrojeció ligeramente. Luego dijo:

—Bueno, más o menos. Y la cosa tiene remedio.

—¿Remedio?

—¡Sí!

Metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó dos imperdibles.

—¡Mira! —dijo orgullosa—. Los he conseguido para ti con grandes dificultades..., por si el traje te estaba demasiado grande. —Y en tono suplicante añadió—: ¡Anda, pónelo, Anton!

—No sé... —dijo Anton indeciso.

¡Si se le ocurriera algún motivo que alegar para *no* ponerse el traje!...

Pero no se le ocurrió nada, así que al final se puso la extraña y larga chaqueta.

—¿Lo ves? —dijo sombrío—. Me queda muy holgada.

—¿Que te queda muy holgada? —se burló Anna—. ¡Ay, Anton!... ¡Entonces tú ya eres casi un «Von Schlotterstein <sup>[1]</sup>»!

Anton se puso colorado.

—No me refería a eso. Es..., es sólo una expresión..., que se emplea cuando la ropa es demasiado grande.

—Yo creo que con la chaqueta estás muy... ¡impresionante!

—¿Impresionante?

—¡Sí! Yo me enamoraría enseguida de ti..., si no lo estuviera ya —declaró Anna riéndose burlona de nuevo.

Anton, sonrojado, se dio la vuelta.

—Pero... ¿y los pantalones!? —dijo con voz ronca—. Esos seguro que no me están bien.

—No importa —repuso complacida Anna—. Déjalos que te estén también... ¡holgados!

Titubeando, Anton cogió los pantalones de la percha. ¡Eran tan largos y tan anchos que le habrían servido a su padre!

—¿Te los vas a poner o no? —oyó que preguntaba Anna—. Me he vuelto de espaldas —añadió ella—. Te los puedes poner tranquilamente. Y tampoco tienes por qué estar azarado.

—Pues sí que lo estoy.

—¿Sí? ¡Pero ¿por qué?!

Anton carraspeó.

—Pues... porque sí.

Se aseguró de que era verdad que Anna no le estaba observando..., luego dejó la linterna en el suelo, se quitó rápidamente sus vaqueros y se puso los anchos y bastante ásperos pantalones.

«¡Al fin y al cabo, es sólo Anna la que me va a ver así!», pensó mientras se los ponía..., si bien la palabra «sólo», naturalmente, no era la adecuada, pues de todas las chicas que él conocía Anna era, con diferencia, la que más le gustaba. Aunque en el caso de ella la palabra «chica» tampoco

era la más apropiada.



—¿Estás listo? —preguntó Anna.

—Un momento.

Se arremangó los pantalones.

—¡Seguro que tienes una pinta estupenda! —dijo Anna.

—¿Estupenda? —dijo Anton, que tuvo que agarrarse fuerte los pantalones a la altura de la cintura para que no se le cayeran hasta las rodillas.

—Probablemente parezco un payaso...

¡Era una suerte que el espejo de la puerta del armario estuviera ciego y él se ahorrara tener que ver su propia imagen!

—¿Un payaso? —Anna se rio burlona—. ¿Puedo mirar ya, Anton?

—Por mí... —dijo él suspirando resignado a su suerte.

Anna se dio la vuelta... y lanzó un grito de alegría.

—¡Anton, tienes un aspecto maravilloso! ¡Mucho, mucho mejor aún de lo que yo creía! Y no pareces un payaso, sino un señor distinguido.

—Ah, ¿sí? —gruñó Anton.

—¡Sí, y yo soy tu distinguida dama!

Corrió excitada hasta el gran baúl.

—Todavía falta algo —explicó—. Por así decirlo: ¡el puntito sobre la i!

—¿El puntito sobre la i? —repitió malhumorado Anton.

—¡Sí!

Anna levantó enérgicamente la pesada tapa. Se puso a revolver en el baúl y sacó un sombrero de copa negro.

—¡Toma, te lo tienes que poner! —dijo tendiéndole a Anton el sombrero de copa.

—¿Ponérmelo?

Anton cogió a regañadientes la abollada prenda.

—Sí. Y para mí también tiene que haber algo ahí...

Anna volvió a inclinarse sobre el baúl..., cuando, de pronto, resonaron unos pasos fuera, en el pasillo.

Luego una voz exclamó:

—¿Hay alguien ahí?

Era... ¡la voz de Tía Dorothee!

Anton se quedó como paralizado de espanto..., incapaz de moverse o de hablar. Apenas notó que el sombrero de copa se le caía de la mano y rodaba por el suelo.

Entonces Tía Dorothee exclamó por segunda vez:

—¿Hay alguien ahí?

—¡Rápido! —susurró Anna—. ¡Escóndete en el baúl!

Y cuando vio los ojos aterrados de Anton añadió tranquilizándole:

—No tengas miedo. Tía Dorothee no te descubrirá. ¡Confía en mí!

Antes de que Anton se diera cuenta muy bien de cómo había ocurrido estaba ya dentro del baúl entre vestidos y sombreros viejos, viendo cómo se cerraba sobre él la pesada tapa..., hasta que todo a su alrededor se volvió negro como el carbón.

En un primer momento Anton tuvo la sensación de que se iba a ahogar...

El olor a aromas y fragancias que Anton ya había advertido al entrar en aquella cámara parecía salir de aquel baúl...

# Cepilla el tocino

La excitación y el susto, unidos a los mareantes olores del baúl, debieron de hacerle perder el sentido a Anton durante un rato, pues de repente oyó voces a su lado: la clara voz de Anna, a la que contestaba Tía Dorothee con su oscura y ronca voz.

A través de la madera del baúl las voces sonaban amortiguadas, pero Anton pudo entender perfectamente de qué estaban hablando Tía Dorothee y Anna.

—¿Y Geiermeier? ¿Y Schnuppermaul? —preguntó Anna.

—¿Geiermeier? —Tía Dorothee se carcajeó con una risa bronca—. Está en el hospital... ¡Y espero que no salga de allí muy pronto!

—¿Y Schnuppermaul?

—Ese ahora cuida él solo el cementerio.

Tía Dorothee volvió a reírse con aquella risa bronca.

—Pero ¿cómo ha ocurrido todo eso? —quiso saber Anna.

—Bueno, pues... En el último momento una buena estrella nos ha deparado a esos maravillosos seres humanos con su iniciativa popular de «¡Salvad el viejo cementerio!» —contestó Tía Dorothee—. Imagínate, Anna, han reunido cuatrocientas firmas en favor de la conservación del viejo cementerio... ¡Cuatrocientas! ¡Ay...! —suspiró profundamente—. Yo nunca me había imaginado que hubiera tantos seres humanos buenos...

—¿Geiermeier y Schnuppermaul también están en esa... iniciativa popular? —indagó Anna.

—¡Ellos no! —exclamó indignada Tía Dorothee—. ¡No, la iniciativa popular se ha organizado precisamente *contra* ellos dos y contra sus desvergonzadas —¡ja!— obras de remodelación!

—Ah, vaya... —dijo Anna—. Pero ¿cómo sabes tú todo eso?

—¿Que cómo lo sé?

Tía Dorothee se rio..., bastante pagada de sí misma, según le pareció a Anton. Pero para él quizá una Tía Dorothee de buen humor y satisfecha de sí misma sería menos peligrosa que si estuviera furiosa y malhumorada...

—Ssssí, Anna... —dijo Tía Dorothee—, es que yo tengo mis contactos, mis... ¡informadores!

—¿Informadores? —preguntó Anna.

—¡Sí, señor! —contestó Tía Dorothee—. Mira: se va a la cabina...

—¿A la... cabina? Pero, Tía Dorothee...

—¡A la cabina telefónica, naturalmente, tontita! Bueno, pues se echa un par de monedas, se marca, ¡y se obtienen las informaciones!

Después de un breve silencio Anna preguntó:

—Pero, no entiendo... ¿A dónde se llama?

Tía Dorothee se volvió a reír.

—¡Eso es un secreto mío! Sólo te daré una pista: ¡Cepilla el tocino!

—¿Cepilla el tocino? —repitió Anna.

—¡Sí, cepilla el tocino! —volvió a decir Tía Dorothee riéndose estridentemente—. O, dicho de otra manera, ¡dale la vuelta a la costra! ¿Sabes de quién estoy hablando?

—No —contestó Anna completamente desconcertada.

Tampoco Anton tenía ni idea de quién podía ser el informador de Tía Dorothee... Mientras aún seguía pensando en ello, oyó que Tía Dorothee había empezado a pasearse por la cámara. Los podridos tablones de madera crujían horriblemente bajo su peso.

Y luego —a él se le paralizó la sangre en las venas— ¡se sentó en el baúl!

Anton se quedó completamente rígido sin atreverse apenas a respirar.



Recordó con horror que ya en una ocasión se había tenido que esconder de Tía Dorothee, (en el ataúd del pequeño vampiro) y que Tía Dorothee había exclamado: «Huelo sangre humana»...

Sólo le quedaba una esperanza: que el olor de los aromas y de las fragancias que salía del baúl fuera lo suficientemente fuerte como para tapar incluso su olor de ser humano...

Y, en efecto, Tía Dorothee estornudó fuertemente dos veces y luego bufó:

—¡Puf, qué peste a lavanda y a hierba de Santa María! ¡Es sencillamente insoportable! —Con un gemido se puso otra vez de pie y dijo—: ¡Vamos, Anna, que ahora hay que actuar!

¿Actuar? A Anton se le pusieron los pelos de punta y, lleno de miedo, esperó que en cualquier momento fuera a abrirse la tapa del baúl y a ver el pálido rostro de Tía Dorothee...

Pero no ocurrió nada parecido.

En lugar de ello oyó que Tía Dorothee se iba hacia la puerta y exclamaba impaciente:

—¡Vamos, vente ya de una vez, Anna! ¿O quieres que empaquete yo sola nuestros ataúdes?

—No, claro que no —contestó rápidamente Anna—. ¡Sólo me queda quitarme el vestido y colgarlo en el armario!

—¿Te lo vas a quitar? ¡Alabado sea Drácula! —Tía Dorothee suspiró perceptiblemente—. Para un vampiro es realmente lo menos indicado.

—¿Lo menos indicado? —repitió ofendida Anna.

—¡Sí, señor! —confirmó Tía Dorothee—. Los nuestros tenemos que procurar sobre todo que la ropa sea, primero, poco llamativa; segundo, práctica, y tercero, acorde a nuestra condición.

—¡Pero tú también te pones tu traje de bodas en tu cumpleaños de vampiro! —replicó excitada Anna.

—Eso es diferente —repuso muy digna Tía Dorothee.

—¿Diferente? —Anna respiró con fuerza—. Y si yo también he encontrado a alguien a quien quiero y que me quiere a mí..., ¿qué?

—¿Tú? —Tía Dorothee se rio con voz chillona—. Pero es que Theodor y yo nos encontramos antes de que...

No dijo nada más, y se limitó a reírse con tono burlón.

—¡Exactamente! —dijo Anna..., pero tan bajo que seguro que sólo lo pudo oír Anton desde el baúl. Él se fue poniendo más y más colorado... ¡Pero por fortuna nadie lo veía!

—Bueno, yo me voy ahora —oyó decir a Tía Dorothee—. Y tú me seguirás en cuanto te hayas quitado el vestido. ¡Pero date prisa!

—¡Sí! —dijo Anna. Su voz sonó todavía indignada.

Luego los pasos de Tía Dorothee se alejaron por el largo pasillo.

# Invitación a la fiesta de regreso a casa

Cuando dejaron de oírse, pasó todavía un rato hasta que se abrió la tapa del baúl y Anna buscó a Anton en el interior del mismo con la linterna en la mano.

—¡Qué grosería! —protestó—. Tía Dorothee debe de creerse que ella es la única que tiene derecho a ponerse un bonito vestido.

«¿Bonito?», pensó Anton observando a Anna.

Sin embargo, ella ya no llevaba puesto el ancho vestido de encaje, sino que volvía a lucir su habitual capa agujereada.

—Y además —prosiguió Anna en un tono cambiado y muy cariñoso— parece que ella se cree que yo me tengo que quedar sola hasta el fin de mis noches. ¡Ja! Si ella supiera...

Anna entonces se rio irónicamente mirando a Anton con tanta ternura que él se acaloró muchísimo.

Se levantó con rapidez y sacó los pies por encima del borde del baúl. Vio que Anna llevaba un blanco hatillo bajo el brazo.

—Es el vestido —le explicó al darse cuenta de la mirada de él—. En realidad iba a dejarlo aquí, pero ahora que Tía Dorothee ha dicho esas cosas, me lo voy a llevar a la cripta como sea. Y también me lo pondré... ¡cuando celebremos nuestra fiesta de regreso a casa!

—¿Vuestra fiesta de regreso a casa? —repitió Anton sintiéndose singularmente angustiado—. ¿De... de verdad podéis regresar al cementerio?

—¡Sí! —asintió vivamente con la cabeza Anna—. Tía Dorothee me ha contado que la gente de esa... iniciativa popular «Salvad el viejo cementerio» ha conseguido parar a Geiermeier y a Schnuppermaul. Tía Dorothee ha dicho que contra cuatrocientas firmas no podían hacer nada ni los propios Geiermeier y Schnuppermaul.

—Qué raro —dijo reflexivo Anton—. Yo no había oído nunca nada sobre esa iniciativa popular. ¡Pero si hubiera oído hablar de ella —añadió—, naturalmente, hubiera firmado enseguida!

—¡Y entonces habrían sido cuatrocientas *dos* firmas! —dijo Anna.

—¿Cuatrocientas dos? —repitió sorprendido Anton.

—¡Sí! ¡Lo tuyo vale doble! —contestó Anna con una risita irónica.

Anton desvió apocado la mirada.

—El traje... —dijo—. Tengo que volver a colgarlo en el armario.

—¿En el armario? ¡No! —repuso Anna—. ¡Te lo vas a llevar y cuando celebremos nuestra fiesta de regreso a casa te lo pondrás y entonces formaremos una pareja!

—No..., no sé si será buena idea —declinó Anton.

—¿Y eso por qué? ¿Crees tú que sería un robo si nos llevamos la ropa? —preguntó Anna—. ¡No! El vestido y el traje están aquí abajo desde hace décadas. Ahora son nuestros..., tuyo y mío.

—No es por eso —contestó Anton... con marcada cautela para no ofender a Anna—. Es por la fiesta de regreso a casa... ¡Seguro que la celebráis en la cripta!

—Es que si no, no sería realmente una fiesta de regreso a casa —contestó Anna—. ¡Pero no

tienes por qué tener miedo de que aparezca Geiermeier! Se ha indignado tanto por las cuatrocientas firmas que le ha dado un ataque al corazón... y ahora Schnuppermaul se tiene que encargar él solo del cuidado del cementerio.

—No es por Geiermeier ni por Schnuppermaul...

Anton tosió ligeramente.

—¡Ah, vaya, te refieres a mis parientes!

Anna se rio despreocupada.

—Tampoco tienes por qué preocuparte por ellos. Te pintaremos negras sombras bajo los ojos, te untaremos la piel con crema para niños... Igual que hicimos para el baile de los vampiros. ¡Aquella vez tampoco se dio cuenta nadie de que tú eras un ser humano!

—¿Era? —Anton tragó saliva—. ¡Soy! ¡Yo soy un ser humano!

Anna se puso colorada.

—Perdona, yo no quería decir eso. Pero a mí me gustaría que por todos los medios estuvieras tú cuando celebremos nuestra fiesta de regreso a casa. ¡Para mí, Anton, tú eres quien más me importa de todos! Y además —añadió echando una mirada a la puerta— quiero demostrarle a Tía Dorothee que yo ya he encontrado a alguien a quien quiero y que me quiere.

—Lo pensaré —dijo Anton después de un breve titubeo..., aunque estaba seguro de que no había mucho que pensar.

Sin embargo, no quería decepcionar a Anna; por lo menos no en aquel momento.

—¡Será mejor que nos vayamos —dijo él— antes de que Tía Dorothee vuelva para ver por qué no vas!

—Sí, tienes razón —convino Anna.

Ella fue al armario y regresó con los vaqueros de Anton.

—¡Toma! —dijo—. Había escondido muy bien tu ropa.

Le entregó a Anton la linterna junto con los pantalones y se dirigió hacia la puerta.

Anton se colocó los vaqueros sobre el brazo y siguió a Anna. Para darle gusto recogió del suelo al pasar el sombrero de copa y se lo llevó.

Un nudo en la garganta.

En aquella ocasión a Anton el recorrido por los numerosos pasillos le pareció menos largo y complicado..., aunque el corazón se le salía por la boca.

Sin embargo, Tía Dorothee debía de estar ya ocupada preparando los ataúdes y ellos pudieron alcanzar la sala de entrada sin problemas.

Anna abrió la pesada puerta de la entrada y se deslizó al exterior. Volvió inmediatamente después e informó:

—Todo en orden. Puedes echar a volar tranquilo. Pero sería mejor que apagaras la linterna —y con una risita irónica añadió—: ¡Waldi el Malo está ansioso por tener una linterna!

—¿Waldi el Malo? —preguntó angustiado Anton apagando inmediatamente la linterna—. ¿No tenía hoy concurso de uñas?

—¿Qué dices que tenía? —preguntó Anna—. ¿Concurso de uñas?

—Sí. Lumpi me lo contó.

Ella se rio sarcásticamente.

—¡Seguro que ésa es otra idea de su estúpido «grupo de hombres»! ¡Y seguro que Jörg el Colérico ha vuelto a establecer «estupendos» premios! Primer premio: una semana en un ataúd; segundo premio: un botón de su colección; tercer premio: un hilo de su manta almohadillada, etcétera.

—¿Etcétera? —dijo atónito Anton—. ¿Cuántos son entonces en el grupo?

—Tres —contestó Anna—. Lumpi, Jörg el Colérico y Waldi el Malo.

—¿Y Rüdiger? —preguntó sorprendido Anton—. ¿Rüdiger no pertenece al grupo?

—¡Todavía no..., gracias a Drácula! —contestó Anna—. Tampoco considero yo que sea precisamente una distinción pertenecer a ese «grupo de hombres» en el que al parecer los «hombres» no tienen nada mejor que hacer que distraerse con estúpidas competiciones. ¡No! —se rio furibunda—. ¡Mientras Rüdiger *no* sea admitido en ese grupo, por lo menos todavía hay esperanzas para él!

Y como Anton la miró atónito, ella dijo con una sonrisa:

—Pero nosotros dos no debemos perder el tiempo hablando de Lumpi, Jörg y Waldi. Cuéntame mejor dónde puedo encontrarte mañana.

—¿Mañana? —dijo asombrado Anton—. ¿No regresáis ya esta noche a vuestra cripta?

—No, nuestro tour del ataúd no empezará hasta pasado mañana —le explicó Anna. Y con los ojos brillantes añadió—: ¡Oh, cuánto me alegro! —suspiró profundamente—. ¡Me alegro tanto de que podamos regresar! ¿Sabes? Para nosotros es un acontecimiento absolutamente extraordinario..., pues, si no, tendríamos que estar trasladándonos sin cesar de un lugar a otro... ¡Sin patria, perseguidos, sin nadie que nos quiera!... ¡Pero desde que nos conocemos, Anton —dijo con ternura— han cambiado muchas cosas!

Ella se frotó los ojos con la mano y también a Anton se le puso de repente un nudo en la garganta.

En voz baja, Anna le rogó:

—¡Anda, dime dónde nos podemos encontrar mañana!

—En el Valle de la Alegría —contestó Anton con voz ronca—. En la posada. Mi habitación es la del balcón, y en el jardín, debajo de un árbol, está mi tienda de campaña.

—¡Hasta mañana entonces! —dijo Anna, y antes de que Anton pudiera responder nada, se dio la vuelta y echó a correr por las escaleras del sótano.

Anton esperó hasta que ella desapareció.

Luego encendió la linterna y la colocó en el suelo. A su luz se quitó el traje y se puso, respirando aliviado, sus pantalones vaqueros.

Durante un momento dudó si debía llevarse o no el traje y el sombrero de copa. ¡Pero no le quedaba más remedio que hacerlo, si no quería echarlo todo a perder para siempre con Anna!

Sólo que... ¿cómo iba a volar entonces?

Al final tuvo una idea. Se enrolló las larguísimas mangas de la chaqueta a las caderas como si fuera un cinturón y encima de ella lió los pantalones del traje.

¿Y el sombrero de copa? Indeciso de si, a pesar de todo, no sería mejor dejarlo allí, pasó los

dedos por la desgastada tela... cuando, de repente, el sombrero de copa se plegó. Era... ¡un sombrero de copa plegable!

Anton lo embutió en el hato de los pantalones y recogió la linterna del suelo. Por última vez echó un vistazo al elevado vestíbulo, pero no se veía nada raro y, por eso, apagó la linterna.

Luego empujó hacia abajo el picaporte de la puerta de entrada... y suspiró aliviado cuando ésta se abrió casi sin hacer ruido.

Dio un par de pasos vacilantes por el patio del castillo. Pero tampoco allí se observaba nada sospechoso. Se guardó la linterna en el bolsillo del pantalón, movió arriba y abajo los brazos... y salió de allí volando rápidamente.

## En parte sí, en parte no

A la mañana siguiente había en la mesilla de noche de Anton una gran bandeja... con panecillos y mantequilla, cereales, miel y mermelada, un termo, un huevo cocido...



Anton pestañeó. Su desconcierto aumentó todavía más cuando encontró una nota encima del plato, que estaba escrita con la letra de su madre:

*Querido Anton:*

*Nos vamos otra vez al médico. A papá le sigue doliendo muchísimo la mano. Quizá tengamos que ir a ver a un especialista.*

*Espero, sin embargo, que ya estemos aquí a la hora de la comida.*

*¡Que tengas una mañana maravillosa!*

*¡En la tienda de campaña encontrarás una sorpresa!*

*Hasta luego.*

*Mamá y papá.*

¿Una sorpresa? ¡Anton pensó que en aquel momento ya tenía sorpresas de sobra!

La sorpresa de Anna —el viejo y enmohecido traje y el sombrero de copa plegable— le había costado mucho meterla en el armario. Y además todavía tenía que esconder la capa de vampiro...

Por si acaso, Anton incluso le había echado la llave al armario y la había escondido debajo de su almohada. Palpó buscándola y... ¡afortunadamente la llave estaba todavía allí! Anton cogió la llave y, lentamente, estiró las piernas fuera de la cama.

Al hacerlo le volvió a la memoria lo que ponía en la carta:

«Quizá tengamos que ir a ver a un especialista...»

Al pensar en ello, Anton sonrió irónicamente..., aunque, por supuesto, le pareció injusto alegrarse mientras su padre sufría atroces dolores. ¡Pero si los vampiros se volvían a trasladar a su vieja cripta, él tampoco quería ya quedarse allí más tiempo!

¡En cualquier caso, él ahora estaba realmente agradecido de que su madre hubiera ido allí tan pronto y de que fuera *ella* quien se ocupara de todo!

Se metió un panecillo en la boca y cogió sus pantalones vaqueros.

¿Por qué estaría la bandeja en su habitación? —meditó—. ¿Estaría acaso aquella mañana él solo en la grande y vieja posada?

¡No era una idea muy agradable!, le pareció a Anton.

Pero luego, cuando después de haber desayunado bajó lentamente la escalera, comprobó que no se encontraba del todo solo: un hombre fornido y pelirrojo estaba limpiando las ventanas y una mujer delgada, con el pelo muy rubio, fregaba el suelo con un trapo húmedo.

Anton carraspeó.

—La señora Virtuosa... —empezó a decir—. ¿No está aquí?

La mujer levantó la cabeza.

—¡Buenos días, jovencito! —dijo..., con bastante ironía, según le pareció a Anton.

Además, le recordaba desagradablemente a la señora Giftich —con «ch» <sup>[2]</sup>—, la que había ido con el pequeño vampiro y con él en el mismo compartimento aquella vez que hicieron el viaje en tren a la granja de Pequeño-Oldenbüttel. Tenía el mismo color de pelo, súper rubio —¡seguro que era teñido!— e incluso llevaba gafas.

—Buenas —gruñó Anton... en un tono de muy pocos amigos.

—La jefa se ha ido de compras —explicó entonces el hombre—. ¿Eres tú el hijo del señor de la mano mala?

Anton se rio irónicamente para sus adentros.

—¿Del señor de la mano mala? —contestó estirando las palabras—. En parte sí y en parte no.

—¿Cómo que... en parte sí y en parte no? —preguntó de mal humor la mujer.

El hombre y ella miraron fijamente a Anton con desconfianza.

—Bueno, pues... —esta vez Anton se rio irónicamente a sus anchas—. Yo no diría que mi padre es un señor..., pero la mano sí que la tiene herida.

—¡Qué desvergüenza! —bufó la mujer rubia dándose indignada la vuelta.

—Tus padres acaban de llamar por teléfono —explicó el hombre, quien, al parecer, no se dejaba sacar de sus casillas tan fácilmente—. Tenemos que darte un recado.

—¿Un recado? ¿A mí? —dijo sobresaltado Anton..., ¡temiéndose que posiblemente tuvieran que marcharse ya después de comer! ¿Y qué pasaría entonces con su cita de aquella noche con Anna?...

—Sí. Tu madre ha dicho que te dijéramos que tendrán que quedarse más tiempo en el médico.

—Vaya... —dijo aliviado Anton—. Sí, entonces...

Y con la cabeza bien alta se paseó directamente hacia el cubo con el agua de fregar. Justo antes de llegar al cubo se frenó y estuvo a punto de tirarlo.

—¡Es increíble! ¡Teniendo un hijo tan descarado es realmente imposible ser un señor! —protestó la mujer.

Lo que ella dijera después Anton ya no lo oyó, pues había cerrado tras sí la puerta que daba al jardín.

# Afición a la lectura

Cuando Anton recorrió el camino del jardín que conducía hasta el gran árbol bajo el cual se encontraba su tienda de campaña, sintió que estaba de bastante buen humor.

Empezó a cantar una canción: «Baila un vi-va-vampiro en nuestro corro, vi-va-vam; se sacude, se agita y tras sí la capa tira...», con la melodía de «Baila un vi-va-vagabundo».

La letra, de todas formas, era de Olga; la había cantado con ocasión de la Noche Transilvana en casa de Anton. Y a Anton la letra de Olga le parecía mucho mejor que la original... y de mucha más actualidad, pues ¿quién creía ya en los vagabundos?

Anton aún seguía cantando cuando llegó a la tienda de campaña. Abrió la cremallera y escudriñó el interior. La roja tela de la tienda amortiguaba la luz de tal forma que dentro de ella reinaba un ambiente extraño y en cierto modo romántico.

«¡Esto le gustaría a Anna!», pensó Anton... y como ya le había ocurrido otras veces, sintió por ella una gran compasión, porque ella sólo podía salir de noche y no podía vivir tantas y tantas cosas... Aunque «vivir» no era precisamente la palabra más apropiada...

Se introdujo en la tienda de campaña y vio que encima del saco de dormir enrollado había un libro. ¿Sería el libro la sorpresa que su madre le había anunciado en la nota?

«¡Seguro que es Robinson Crusoe!», pensó desdeñoso Anton. «Una versión modernizada y adaptada para jóvenes... ¡Puf!» Pero luego se dio cuenta de que la cubierta del libro era negra, negra como el carbón... y aquello despertó su curiosidad.

Tomó el libro en sus manos y lo abrió por la primera página.

—«El vampiro de Ámsterdam» —leyó a media voz—. «Inquietantes historias de todo el mundo»...

Debajo podía verse un sello, ya bastante borroso. Sin embargo, Anton pudo descifrar *Biblioteca Comarc y Valle de la Alegr*, y la signatura: *KV 24*.

—Biblioteca Comarcal del Valle de la Alegría —murmuró poniéndose colorado al pensar que él había acusado a la señora Virtuosa de no ofrecer a los niños en sus sesiones de lectura vespertinas en el parque de bomberos nada más que flojos y soporíferos libruchos.

Y por lo que se refería a la supuesta falta de afición a la lectura de los chicos del Valle de la Alegría...: ¡El libro de *El vampiro de Ámsterdam* se lo tenían que haber devorado..., pues la cubierta y las páginas estaban muy gastadas y llenas de manchas!

¡Claro! Anton se rio irónicamente. Lo único que había que hacer era ofrecer los libros adecuados... ¡y así enseguida surgía la afición a la lectura!

Recogió la lona de la entrada de la tienda para tener más luz. Luego se puso cómodo encima del saco de dormir y se enfrascó en la primera historia: *El vampiro*, escrita por William Polidori, que comenzaba con las emocionantes frases siguientes:

*En la época de los bailes y las fieras invernales de la influyente sociedad londinense dio mucho que hablar un hombre noble que llamaba la atención por su peculiar carácter y sobre cuya vida circulaban las más diversas versiones. En medio de la alegría y el*

*desenfreno que le rodeaban en aquellos acontecimientos permanecía retraído la mayoría de las ocasiones, sin que pareciera participar ni siquiera de la habitual cortesía. Una mirada procedente de sus grises ojos, que, de modo extraño, brillaban como sin alma, producía, incluso en los de mayor serenidad de espíritu, una inexplicable excitación que reprimía su despreocupada alegría e inculcaba una sensación de inseguridad, unida a un ligero estremecimiento...*

También Anton sintió un ligero estremecimiento y siguió leyendo con el corazón palpitante.

# Así la despedida no se hará tan dura

—¿Anton? ¿Estás en la tienda de campaña?

Se pegó un susto tremendo. ¡Aquella era la voz de su madre!

—Sí —gruñó cerrando el libro... ¡y bastante indignado, porque su madre le había vuelto a interrumpir cuando estaba en lo más interesante!

¡Luego, sin embargo, se dio cuenta de que había algo —algo de la vida real— que era de mucho mayor interés!

—¿Qué pasa con la mano de papá? —preguntó cuando su madre entró en la tienda de campaña.

—Sí, la mano... —dijo ella con gesto preocupado—. ¡Seguro que te vas a poner muy triste con lo que tengo que contarte!

—¿*Tan* malo es? —preguntó Anton esforzándose por poner cara compungida. Sin embargo, ya se imaginaba qué era lo que le iba a contar su madre. ¡Pero bajo ningún concepto podía permitir que se le notara que estaba ardiendo en deseos de regresar a casa!

—El médico piensa que quizá tenga un dedo roto —explicó su madre.

—¿Roto?

—Sí, posiblemente. Ahora hay que hacerle lo primero una radiografía de la mano.

Y como aquí no tienen aparatos, sino sólo en la ciudad...

Hizo una pausa y miró compasiva a Anton.

—Bueno, pues... papá y yo hemos pensado que lo mejor será interrumpir nuestras vacaciones y regresar a casa.

—¿Regresar a casa? —se hizo el indignado Anton.

Su madre asintió con la cabeza.

—Es lo más razonable, Anton. Piensa en papá... y en los dolores tan fuertes que tiene. ¿No quieres acaso que le ayuden..., que le ayuden como es debido?

—¡Sí! —dijo Anton..., con la voz menos amistosa que pudo. ¡Pero si se dejaba convencer demasiado rápido, su madre sospecharía!

—¿Y mi tienda de campaña? ¿Y el saco de dormir? —gruñó.

—¿Qué te parecería si te dejáramos dormir esta noche en la tienda de campaña?

—¿Me dejaríais?

—Sí..., para que no estés demasiado triste. ¡Y hemos pensado otra cosa más!

—¿Otra cosa más?

—¡Sí! Cuando estemos otra vez en casa y papá esté algo mejor... podrás dar una fiesta. ¡Aunque, eso sí, tienes que prometernos que esta vez serás más cuidadoso con nuestras cosas!

«¿Yo?», pensó indignado Anton. Olga y Rüdiger habían sido —y no Anton— los que, según la expresión de su padre, se habían «comportado como unos vándalos» durante la Noche Transilvana en la sala de estar de sus padres. Al contrario, ¡él, junto con Anna, había intentado volver a poner todo en orden!

—¿Me dejáis que dé una fiesta? —preguntó sin creérselo.

¡Y es que su madre había dicho que la Noche Transilvana era la última fiesta que daba en casa!

—¿Es que no quieres? —preguntó ella..., asombrada de que estuviera tan poco entusiasmado.

—Sí... —dijo Anton estirando la palabra.

—Y podrías invitar a todos tus amigos del colegio —propuso ella— y a un par de los del vecindario: Ole, Sebastian, Udo, Tatjana...

A Anton le costó trabajo no echarse a reír.

«¡Y a Rüdiger y a Anna!», completó él con el pensamiento..., pero fue lo suficientemente listo como para no citar a sus mejores amigos.

Los padres de Anton sí sabían que los dos se habían trasladado... ¡pero no sospechaban que su regreso iba a ser inmediato!

—Hum, sí, no está mal —gruñó.

Después de una pausa preguntó con precaución:

—¿Y cuándo regresamos?

—Mañana, después del desayuno —contestó su madre.

—¿Qué? ¿Ya después del desayuno? —dijo Anton con fingida indignación.

—¡Sí! Pero piensa en tu fiesta, Anton —dijo su madre—. Y piensa en la noche en la tienda de campaña. ¡Así la despedida no se te hará tan dura!

«La noche en la tienda de campaña»...

Qué raro...; ahora que le dejaban, la idea a Anton ya no le parecía tan atractiva.

# Tus deseos son órdenes para mí

Y su malestar fue creciendo según el día se iba aproximando a su fin...

En la cena Anton apenas pudo probar bocado, aunque la comida, en aquella ocasión, era aún más abundante y más sabrosa que otras veces.

—¡Anton, pero si no estás comiendo nada! —observó su madre mirándole preocupada—. ¿Tanto te ha afectado al estómago el dolor por la despedida?

—Hum, es posible —murmuró.

—¡Y también estás pálido!

Ella intercambió una mirada con el padre de Anton.

Luego, cautelosamente, dijo:

—Quizá sería mejor que no durmieras en la tienda de campaña.

—¿Qué? ¿Que *no* duerma en la tienda de campaña? —se hizo el indignado Anton.

En secreto estaba incluso muy aliviado por aquella propuesta de su madre, pues ahora ya no tenía necesidad de admitir que a él mismo le desagradaba muchísimo la idea de pasar aquella noche al raso..., protegido solamente por un fino trozo de tela de los vampiros, que, posiblemente, aún querrían «fortalecerse» para su vuelo de regreso...

¡Pero, naturalmente, no dejó que eso se le notara!

—Si *tú* lo dices... —dijo, y añadió—: ¡Tus deseos son órdenes para mí!

Ella se rio.

—Entonces ahora deseo que te vayas a tu habitación y te acuestes. Y créeme: mañana seguro que te encontrarás mucho mejor.

Anton puso un gesto compungido.

—¿Voy a sentirme mejor precisamente mañana que nos vamos de aquí?

—¡No! Mañana cuando volvamos a estar en casa y tengas a tu lado a todos tus viejos amigos.

Aquella vez Anton tuvo que reírse con sarcasmo.

—¡Sí, eso es verdad! —dijo—. Cuando tenga a mi lado a todos mis viejos amigos.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Buenas noches y que te recuperes —le dijo en voz alta su madre mientras él se marchaba.

¿Que se recuperara? Anton se dio la vuelta y dirigió una rápida mirada a su padre, que desde la visita al médico llevaba la mano herida en cabestrillo con un grueso vendaje.

¡Si alguien necesitaba que le desearan recuperarse, ése no era precisamente Anton!

Sin embargo, no dijo nada.

El que su madre considerara que él necesitaba reposar tenía sus ventajas: ¡Anton podía estar bastante seguro de que ella le iba a dejar tranquilo en su habitación!

# Sólo era un sueño

A pesar de ello Anton cerró con llave la puerta de la habitación. Luego se echó en la cama a leer. Fuera aún había tanta claridad que no tuvo que encender la lámpara de la mesilla de noche. Cogió el libro *El vampiro de Ámsterdam* y buscó el pasaje en el que su madre le había interrumpido aquella tarde.

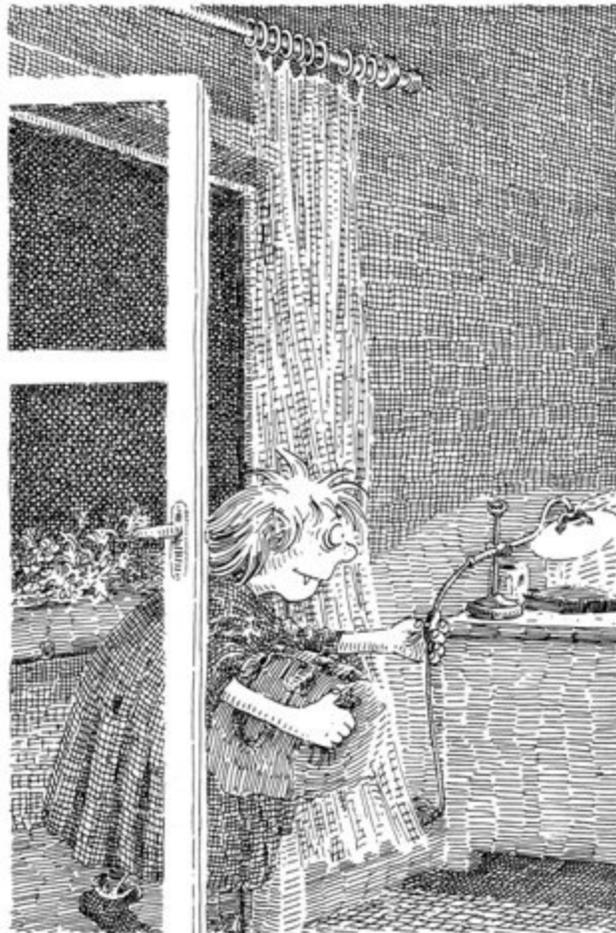
Pero cuando lo encontró le costó mucho trabajo concentrarse en la lectura..., a pesar de que *El vampiro* era una historia muy emocionante.

Pero no era más que eso: una historia, y la cuestión de qué les depararía el futuro al pequeño vampiro y a su familia le tenía a Anton mucho más conmovido.

Cuando fuera empezó a oscurecer dejó el libro a un lado, abrió la puerta del balcón y salió. Durante un rato estuvo mirando intranquilo a su alrededor..., pero no vio a Anna.

Finalmente regresó al interior y volvió a tumbarse en la cama. Sin encender la lámpara, permaneció escuchando con atención los ruidos que llegaban hasta sus oídos a través del balcón, cuya puerta se encontraba abierta de par en par: voces aisladas de aves, suaves crujidos y chasquidos procedentes del jardín.

Anton debió de quedarse dormido, pues de repente algo le pellizcó en una oreja. Se levantó bruscamente lanzando un grito... y vio el pálido rostro del pequeño vampiro.



—¿Rüdiger? —murmuró sobresaltado.

—Menuda sorpresa, ¿eh?

—Sss... sí —tartamudeó Anton.

La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida... Probablemente la había encendido el pequeño vampiro.

Bajo su luz Anton miró confuso por la habitación.

—¿Dónde está Anna?

—¡Anna, Anna! —bufó Rüdiger—. ¡Eso es lo único que se te ocurre, ¿no?!

—¡Perdona! —balbuceó Anton.

Si él no hubiera estado tan confundido, no habría preguntado, ni mucho menos, primero por Anna..., ¡pues sabía muy bien lo excesivamente sensible que era el pequeño vampiro en aquella cuestión!

—Yo..., es que estaba soñando con Anna —intentó excusarse.

—¿Con Anna? —dijo en tono poco amistoso el vampiro—. Sería mejor que soñaras conmigo.

—Alégrate de que no haya soñado contigo —repuso Anton—. Era un sueño horrible.

—¿Y qué es lo que era tan horrible?

—Bueno...

Anton, por supuesto, no había soñado absolutamente nada... o por lo menos ya no se acordaba de su sueño.

—¡Dispara ya de una vez! —dijo impaciente el vampiro.

—Pues... —empezó Anton para ganar tiempo.

Luego, de repente, se le ocurrió una idea.

—He soñado que Anna entraba con un ramo de flores en una gran casa gris.

—Sí, ¿y qué?

—Y ya dentro de la gran casa gris recorría un pasillo y se detenía ante una puerta que tenía el número..., eh..., 13. Anna llamaba a la puerta y le abría una mujer con una cofia blanca: una enfermera.

—¿Una enfermera? —exclamó el pequeño vampiro—. ¡Pero si eso es maravilloso! ¡Anna en un hospital!

—¿A ti eso te parece maravilloso? —preguntó estupefacto Anton.

—¡Claro que sí! —El vampiro se frotó satisfecho las manos—. Tú piensa. ¿Cuál es el principal trabajo de una enfermera? ¡Sacarle la sangre a la gente, ji, ji!

El pequeño vampiro soltó una ronca carcajada, y al oírla a Anton le corrieron escalofríos por la espalda.

Era evidente que no había sido una buena idea hacer que la historia del sueño transcurriera precisamente en un hospital...

—¿Y qué pasaba entonces? —preguntó el vampiro, y Anton, tembloroso, vio cómo se pasaba la lengua por sus finos labios, que parecían bastante exangües.

Anton tragó saliva. Con voz ronca dijo:

—Bueno, pues Anna llamaba a la puerta y le abría una enfermera...

—¡Eh! Eso ya lo has contado —protestó el vampiro—. ¡Yo quiero saber de una vez qué es lo que pasaba después! —y con una sonrisita añadió—: ¿Llegaba Anna a los frascos con la sangre

extraída?

—En la habitación no había ningún... frasco —repuso Anton, que cada vez tenía una sensación más desagradable.

—¿No había?

Rüdiger miró sorprendido a Anton y entre sus cejas se formó una arruga vertical.

—Bueno, pero entonces, ¿qué era lo que había en la habitación?

—Hum, pues... —titubeó Anton, que no estaba seguro de si debía seguir o no con el guión de la historia tal como lo había pensado en un principio. Pero así, sobre la marcha, no se le ocurría ninguna otra cosa, así que dijo finalmente—: En la habitación estaba Geiermeier.

—¿Geiermeier? —exclamó el vampiro, y sus ojos relampaguearon de odio y repugnancia. Luego, completamente de improviso, la expresión de sus ojos cambió y con inusitada afabilidad dijo—: ¡Ah, ahora comprendo! ¡Anna quería darle un escarmiento para que comprendiera que debe dejarnos tranquilos cuando vuelva a salir del hospital!

—¡Exacto! —dijo Anton.

—¿Y el ramo de flores? —preguntó el vampiro tras una breve reflexión—. ¿Qué es lo que iba a hacer Anna con él?

—Sí, el ramo de flores... —murmuró desconcertado Anton.

¡El ramo realmente no encajaba en la historia de su sueño! Sólo que... ahora, después de haberlo dicho, Anton no podía hacer desaparecer el ramo de flores así por las buenas...

—Quizá quisiera dar con él más realce a su escarmiento —dijo, no muy convincentemente, como él mismo advirtió.

—¿Cómo que dar más realce? —preguntó Rüdiger sin comprender nada—. ¿Es que acaso Anna le iba a dar el ramo a Geiermeier?

—Sí. —Anton sintió que se le ponían las orejas coloradas—. Pero sólo era un sueño —dijo enseguida—. ¡Y además ya te había advertido antes que era un sueño horrible!

—Hum, es verdad —se rio burlonamente el pequeño vampiro—. Pero la próxima vez soñarás conmigo. Y además algo bonito, algo... ¡muy bonito!

# Una obra de caridad

—Por cierto... —continuó diciendo de buen humor—. Ahora que ha salido el tema: me he traído algo bonito.

—¿Que te has traído algo? —dijo Anton, más bien desconfiado. ¿Qué podría ser?... Un cepillo de dientes, sin cerdas, de vampiro (¡brrrr!)... O unos agujereados calcetines de vampiro (¡iiih!)... O, en el mejor de los casos, ¡uno de los libros de vampiros que Anton le había dejado a Rüdiger y que hasta ahora no le había devuelto!

—Espera, voy a buscarlo —dijo el pequeño vampiro, y salió corriendo afuera, al balcón. Inmediatamente después regresó con una antiquísima y destrozada bolsa de cuero, que colocó delante de Anton.

—¿Es para mí?

Anton examinó la polvorienta cosa.



—Mis padres seguro que no me dejan salir a la calle con eso.

—¡Tampoco tienes que hacerlo! —contestó el vampiro—. Y además la bolsa tampoco es para ti.

—¿No?

Anton suspiró aliviado.

—No. Y el contenido tampoco —dijo el vampiro riéndose burlescamente—. Tú sólo tienes que guardarlo... ¡como obra de caridad!

—¿Como obra de caridad? —repitió Anton..., que empezó a tener una sospecha.

«Obra de caridad»... ¡Aquello, con toda seguridad, no formaba parte del vocabulario de Rüdiger!

—¿No quieres mirar dentro? —preguntó el vampiro con una risita burlesca.

—Sí —dijo Anton tirando de la oxidada cremallera.

Al hacerlo percibió un perfume que le era familiar y que hizo que su corazón palpitara

excitado, pues aquel perfume confirmaba sus sospechas: ¡Era «Muftí Amor Eterno!»..., ¡el perfume de Anna!

—Tú no tienes ninguna fuerza en los dedos —dijo el vampiro, que observaba los vanos esfuerzos de Anton—. ¡Anda, déjame hacerlo a mí!

Le quitó la bolsa a Anton y pegó tirones a la cremallera hasta que se abrió lentamente haciendo un ruido chirriante.

—¡Ahí tienes! —dijo muy satisfecho consigo mismo—. Sólo hay que tirar con la suficiente fuerza... Las cremalleras son así.

Con una risita irónica le tendió a Anton la bolsa abierta.

Anton examinó angustiado el contenido: como ya se suponía, la bolsa contenía el vestido de encaje de Anna y el velo.

—¿Y yo tengo que guardar esto ahora? —preguntó con voz ronca.

—¿Cómo que *tienes*? —Rüdiger se rio burlonamente—. ¡Tienes permiso para hacerlo!

—Pero es que ya tengo tantas cosas que guardar... —se defendió Anton—. El viejo traje y el sombrero de copa y la capa...

—¡Tantas cosas tampoco son! —repujo divertido el pequeño vampiro—. Y además la capa de vampiro me la tengo que volver a llevar hoy; si no, tendremos problemas con el inventario.

—¿Ya vais a hacer otra vez inventario? —preguntó sorprendido Anton.

El pequeño vampiro asintió sombríamente con la cabeza.

—¡Después de cada traslado! ¡Si no fuera por ese maldito inventario, me alegraría mucho más todavía volver a nuestra vieja Cripta Schlotterstein! Ahora hay que contar cerillas, velas, mantas guateadas, impermeables...

—Pues entonces no *me* puedes dejar a *mí*, de ninguna manera, el vestido de encaje y el velo —dijo Anton..., muy aliviado por tener ahora un motivo para devolverle a Rüdiger el vestido y el velo—. ¡Seguro que Tía Dorothee es lo primero que echa de menos cuando hagáis el inventario!

—¿Echarlo de menos? ¿Tía Dorothee? —el pequeño vampiro se rio graznando—. ¡Precisamente Tía Dorothee! —dijo jadeando—. ¡Si ha estado a punto de quemar la ropa!...

—¿De quemarla? —exclamó asombrado Anton.

—¡Sí! Ha habido una bronca enorme porque Anna no quería devolver la ropa. Pero Tía Dorothee dijo que con el vestido puesto, Anna era una vergüenza para toda la familia. ¡Y entonces Anna se puso bastante furiosa! Como el hablar y hablar no servía de nada. Tía Dorothee cogió de la pared una vela encendida y pegó la llama al velo... ¡Así fue!

—¿La pegó al velo? —dijo Anton echando un vistazo al velo—. Pero si no se ve absolutamente ninguna quemadura...

—Sí... ¡Mérito mío! —contestó arrogante el pequeño vampiro. Carraspeó y puso cara de importancia—. ¡Ahora vas a oír de qué forma tan desinteresada ayudé a mi hermana pequeña! —continuó con un tono lleno de unción..., con un tono que a Anton le resultaba muy conocido—: En aquel trágico momento en que Tía Dorothee se aproximaba con la vela al velo...

—¿Se aproximaba? —repitió Anton—. ¡Pero si acabas de decir que ella había *pegado* la vela al velo!...

—¡Eh, no me interrumpas constantemente! —siseó el vampiro—. ¡Y además me estás poniendo nervioso con tus sutilezas! ¿Quieres saber cómo ayudé a Anna o no?

—¡Sí! —se apresuró a decir Anton.

—Bueno, pues entonces ahora haz el favor de escuchar: en aquel trágico momento en que Tía Dorothee se aproximaba con la vela al velo, yo me aproximé para volver a depositar, como era debido, la *Crónica de la familia Von Schlotterstein* en el ataúd de mi querida abuela. Me fue posible zanjar la disputa tomando el vestido y el velo y dando a Tía Dorothee mi..., eh..., palabra de honor de que llevaría la ropa a un lugar en donde Anna no podría encontrarla. Una vez que me hube marchado, Anna vino corriendo hasta mí y me susurró que te la trajera y que tú la guardaras en tu casa. Sí; así que aquí estoy yo con la ropa...

Miró a Anton y sonrió burlonamente a sus anchas.

Anton tragó saliva.

Al parecer no le quedaba otro remedio que esconder en su casa el vestido de Anna y el velo...

# Colección de libros

—¿Y la bolsa vieja? —preguntó Anton—. ¿Acaso se la tengo que guardar también a Anna?

—¿La bolsa? ¡No, qué te has creído! —exclamó irritado Rüdiger.

Con un violento movimiento agarró la bolsa, vació su contenido —el vestido y el velo— sobre la alfombra y la apretó contra sí.

—¡Mi cartera para libros! —dijo con cariño—. ¡Esta yo no la suelto!

—¿Cartera para libros? —preguntó suspicaz, Anton.

—Sí, la necesito para mi colección de libros —contestó el pequeño vampiro—. Aquí dentro irán todos mis libros cuando hagamos nuestro Tour del Ataúd. —Y con los ojos brillantes empezó a citar los títulos de los libros—: *Drácula*, *La venganza de Drácula*, *Carcajadas desde la cripta*, *El vampiro de Ámsterdam*...

—¿Qué? —gritó Anton, y alarmado miró hacia la pequeña alfombra que había ante su cama... Él había dejado allí el libro.

¡Había desaparecido!

—Tú te has llevado el libro —exclamó—. ¡Devuélvemelo inmediatamente!

—¿Así le hablas a tu mejor amigo? —repuso el vampiro... con una suavidad antinatural—. No es necesario que me grites; yo tengo muy buen oído. ¡Basta con que me pidas el libro con amabilidad y entonces te lo daré en seguida!

Anton se mordió rabioso los labios.

Pero él sabía que era inútil discutir con Rüdiger y, por eso, dijo rechinando los dientes:

—¿Harías el favor de devolverme el libro *El vampiro de Ámsterdam*?

—¡Con mucho gusto! —contestó el pequeño vampiro, y con una sonrisa irónica se sacó de debajo de la capa el libro negro de la Biblioteca Comarcal del Valle de la Alegría.

—¿Lo ves? —dijo—. Con amabilidad tú puedes conseguir conmigo todo.

—¿Todo? —Ahora le tocó el turno a Anton de sonreír burlescamente—. Entonces, ¿también recuperaré los otros libros míos: *Drácula*, *La venganza de Drácula* y *Carcajadas desde la cripta*... si te lo pido amablemente?

—¿Los otros libros? —repitió Rüdiger con voz de cólera amortiguada—. ¿Y qué va a ser entonces de mi colección de libros?

Sin embargo, después de una breve reflexión pareció haberse ocurrido algo:

—¡Está bien! —dijo—. Te los devolveré..., pero sólo cuando los haya leído del todo. ¡Y yo leo muy, muy despacio! —añadió sonriendo irónicamente a sus anchas—. ¡A veces tardo veinte años en leer un libro!

—¿Hay que creérselo?... —dijo Anton.

Realmente, no tenía muchas esperanzas de recuperar los libros.

—Además... —dijo el vampiro, observando con ávidas miradas *El vampiro de Ámsterdam*, que estaba ahora en la mesilla de noche de Anton—. ¡Si me preguntas, te diré que yo me merezco una recompensa! Al fin y al cabo he tenido que volar hasta muy lejos... y encima con el estómago vacío...

—¡Pero yo no te pregunto! —repuso Anton—. ¡Y además, el libro ni siquiera es mío!

—¿No es tuyo? —repitió desconcertado el vampiro. Luego en su rostro apareció una irónica sonrisa de complicidad—. Vaya, vaya —dijo—. Tú también estás haciendo una colección de libros, ¿eh?

Soltó una risotada.

—¡Exactamente! Y si no tuviera unos amigos tan..., tan egoístas, mi colección sería ya mucho mayor —contestó Anton con gesto furioso.

—¿Amigos egoístas? —dijo sonriendo burlón el pequeño vampiro—. Hay que ver qué gente conoces tú...

—¡Efectivamente! —afirmó Anton.

—Bueno, ahora me tengo que ir —dijo el pequeño vampiro.

Con la velocidad del rayo agarró *El vampiro de Ámsterdam* y lo hizo desaparecer debajo de su capa.

—¡Eh, el libro! ¡Devuélvemelo inmediatamente! —exclamó Anton.

—¿Por qué? —se hizo el sorprendido el vampiro—. Si habíamos acordado que me lo llevaría como recompensa... a mi obra de caridad.

—¿Que lo habíamos acordado?...

Durante un momento, Anton se quedó sin habla, pero luego dijo:

—Bueno, por mí...; si me puedo quedar la capa de vampiro...

—¡Qué! ¿La capa? ¿Es que estás dejado de la mano de todos los buenos vampiros? —exclamó el pequeño vampiro—. ¿Quieres que a Anna y a mí nos impongan una prohibición de cripta porque falta la capa?

—¡No! —Anton se rio irónicamente—. ¡Lo único que quiero es recuperar el libro!

—¡Anda, que no me dejas siquiera que disfrute un poco! —bufó el vampiro colocando el libro sobre la mesilla de noche.

—Y ahora dame la capa de una vez —le ordenó a Anton.

# Ninguna despedida es para siempre

Anton fue al armario y sacó la capa de vampiro. Sin una sola palabra de agradecimiento, el pequeño vampiro metió la capa en la vieja bolsa de cuero. Luego, cerró la cremallera de un fuerte tirón.

—¿De verdad que tienes que marcharte ya? —preguntó Anton.

—¡Sí! —gruñó el vampiro.

—Yo pensaba que a lo mejor todavía podíamos hacer algo juntos...

—¿El qué?

—Yo tampoco lo sé exactamente... ¡Pero, si no, no será una despedida del Valle de la Amargura como es debido!

—¿Querías ir al Valle de la Amargura? —preguntó el vampiro con una risa ronca—. ¿Echas de menos a Anna?

—No. —Anton carraspeó apocado—. Sólo quería volver a echar una mirada a las ruinas del castillo. ¡Quién sabe si volveremos allí alguna vez!...

—¡Ninguna despedida es para siempre! —repuso el pequeño vampiro con voz de ultratumba—. ¡Es un viejo refrán del pequeño vampiro!... Pero ahora tengo que hacer algo urgentemente contra las protestas de mi estómago —añadió contrayendo la comisura de los labios.

—¿Las protestas de tu estómago? —preguntó Anton con mucho interés.

—¡Sí! Mi estómago ya no gruñe, ¡ruge! —dijo el vampiro con una risa como un graznido—. En estas condiciones no puedo participar, ni mucho menos, en el concurso de uñas.

—¿Es esta noche?

—Sí, a medianoche —contestó el pequeño vampiro, y con visible orgullo observó las uñas de sus dedos, que, de todas formas, sólo eran la mitad de largas y afiladas que las de Lumpi—. Ahora tengo que salir volando —dijo—. Pero nos volveremos a ver pronto... ¡En tu casa o en nuestra buena y vieja Cripta Schlotterstein!

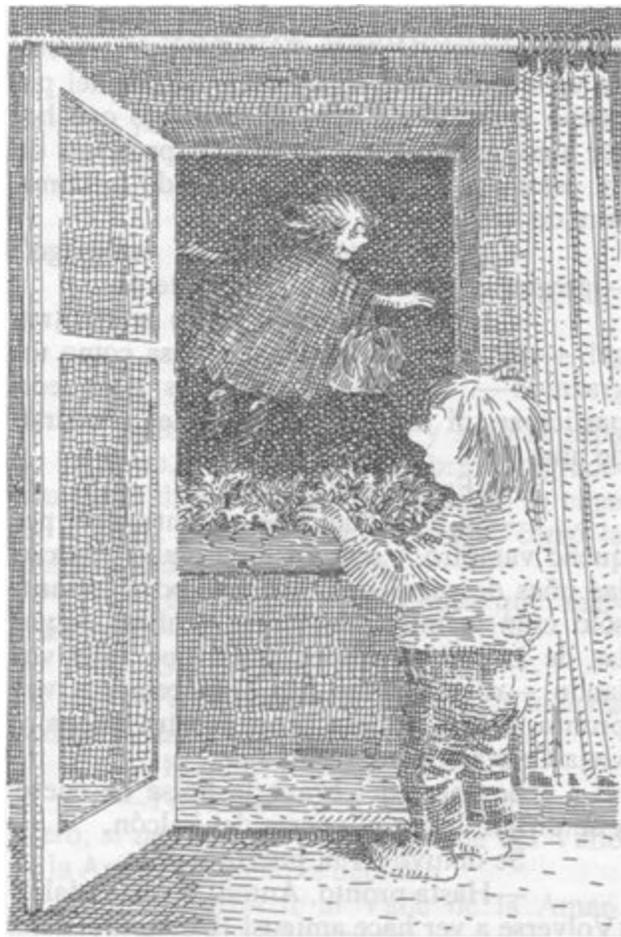
Se colgó del brazo la bolsa de cuero y se dirigió hacia la puerta del balcón.

Se detuvo en la puerta y dijo:

—Hasta pronto, Anton. Y recuérdalo: ¡Volverse a ver hace amigos! ¡Un antiquísimo refrán del pequeño vampiro!

Con aquellas palabras extendió los brazos y se elevó en el aire.

—¡Mucha suerte en el Tour del Ataúd! —le gritó Anton mientras se iba.



—¡Igualmente! —le deseó el vampiro con voz ronca.

Luego se le tragó la oscuridad.

—¡Espero que guarden un buen recuerdo del Valle de la Alegría! —dijo la señora Virtuosa a la mañana siguiente.

—Salvo los problemas con la mano herida..., guardaremos incluso un recuerdo muy bueno —contestó la madre de Anton. Y bajando la mirada hacia sí misma dijo—: ¡La comida en su casa es quizá lo único que ha sido *demasiado* bueno!

—¡Sí! Y si los dolores no me hubieran aumentado, nos hubiera gustado quedarnos —aseguró el padre de Anton.

—¿Y tú, Anton? —preguntó la señora Virtuosa—. ¿Tú también estás contento..., aunque sólo sea un poquito?

—¿Yo?... —dijo Anton arrastrando la palabra, a pesar de que ya se esperaba la pregunta—. Hum, sí... La comida estaba bien, el balcón estaba bien, el libro estaba bien...

—Ah, sí, el libro —dijo la señora Virtuosa—. Puedes quedártelo si quieres.

—Como un pequeño esparadrapo para consolarte, por así decirlo —dijo el padre de Anton riéndose tímidamente.

—¿Como un esparadrapo para consolarme? —repitió Anton..., al que le resultó muy difícil no reírse irónicamente al mirar la gruesa venda envuelta con esparadrapo que llevaba su padre—. ¿Es que mamá no tiene nada en contra? —preguntó.

Las mejillas de su madre se sonrojaron.

—¡Bueno, tú ya sabes que yo no soy precisamente una entusiasta de las historias de vampiros!

—carraspeó—. Pero me parece —siguió diciendo— que te has vuelto más maduro y más razonable, Anton. Y quizá el libro te pueda ayudar a superar todavía mejor el que ese tal Rüdiger Von Schlotterstein y su hermana Anna se hayan marchado de nuestra ciudad... y el que haya quedado definitivamente atrás la época en la que estuvisteis juntos.

Anton se mordió la lengua para no reírse.

—¡Ninguna despedida es para siempre! —declaró todo lo dignamente que pudo.

—¡Exactamente! —convino con él la señora Virtuosa—. Y por eso estaría muy bien que ustedes y Anton volvieran alguna vez dentro de no demasiado tiempo al Valle de la Alegría.

—Con mucho gusto —contestó Anton, y recordando a Anna añadió—: ¡Con el tiempo salen los dientes!

Aquello, naturalmente, sólo era una broma, pues él no quería de ninguna manera que a Anna le salieran dientes, auténticos dientes de vampiro.

Como era de esperar, los padres de Anton pusieron una cara bastante desconcertada, y también la señora Virtuosa le miró a Anton con cara de no entender nada.

—Bueno, pues... adiós —dijo satisfecho Anton, y con la cabeza muy erguida caminó hasta el coche de sus padres, que ya estaba preparado con el equipaje para el regreso a casa, y se sentó en el asiento de atrás.



ANGELA SOMMER-BODENBURG. Nacida el 18 de diciembre de 1948 en una localidad cercana a Hamburgo, es una escritora alemana. Estudió educación, psicología y sociología en la Universidad de Hamburgo. Ejerció de maestra durante doce años, dedicándose finalmente a sus dos pasiones, la pintura y la literatura. Ha escrito más de cuarenta libros entre poesía y novela. Su gran éxito han sido las novelas infantiles del pequeño vampiro, de las que ha vendido más de diez millones de ejemplares. Sus obras han sido adaptadas para el teatro, la radio, el cine y la televisión. La película del pequeño vampiro, dirigida por Ulrich Edel, fue estrenada en 2000.

# Notas

[1] Juego de palabras por la coincidencia del original «schlotterig» («holgado/a») y «Schlotterstein. (N. del T.) <<

[2] Véase *El pequeño vampiro se va de viaje*. La pronunciación de la palabra «Giftich» es muy similar a la de la palabra «giftig», que significa «venenoso/a». (N. del T.) <<